

CUENTOS DE HADAS DE CHARLES PERRAULT

Publicados por
Charles Perrault
en el año 1697



BREVE BIOGRAFÍA

Charles Perrault nació en París, Francia, el 12 de enero de 1628. Era de familia acomodada y asistió a las mejores escuelas y estudio leyes. Participó en la fundación de la Academia de Ciencias. Al fundarse la "Academia de Inscripciones y Bellas Artes", fue su secretario de por vida.

Tuvo una muy activa participación en las "Disputas de los Antiguos y los Modernos", que entablaron los seguidores de la literatura de "Antigüedad" contra los seguidores de la literatura del siglo de Luis XIV, los "Modernos". Perrault se mantuvo al lado de los Modernos y escribió "El Siglo de Luis el Grande" (1687), y "Paralelismo entre Antiguos y Modernos" (1688-1692).

Fue un autor francés que puso las bases por escrito de un nuevo género que haría historia, la de los "Cuentos de Hadas". Sus cuentos más famosos fueron incluidos en la publicación "Historias y Cuentos de Antaño" bajo el sub-título de "Cuentos de Mamá Gansa" que son: "Caperucita Roja", "La Bella Durmiente del Bosque", "El Gato con Botas", "Cenicienta", "Barba Azul", "Pulgarcito", "Las Hadas" y "Ricardo el del Copete", los cuales estamos publicando en español en este sitio Web.

En sus cuentos él se ayudaba con imágenes que tenía a su alrededor como bosques, castillos, princesas y marqueses, y también les agregaba cosas traídas del mundo de la fantasía. Hizo muchas adaptaciones de cuentos folklóricos ya existentes.

Murió en París el 16 de mayo de 1703.



ÍNDICE

	página
01-Caperucita Roja	04
02-Cenicienta	07
03-Pulgarcito	13
04-La Bella Durmiente del Bosque	24
05-El Gato con Botas	33
06-Barba Azul	39
07-Ricardo del Copete	45
08-El Hada	52



01-Caperucita Roja

Hace mucho tiempo, en una cierta villa vivía una pequeña niña campesina, la más bella creatura nunca vista. Su madre estaba muy orgullosa de ella, y su abuelita la amaba quizás aún más. Esta buena abuelita hizo para ella una pequeña gorrita o caperuza de un lindo color rojo, y le quedó tan bien a la niña, que nunca se la quitaba, y todos empezaron a llamarla Caperucita Roja.

Un día su mamá, habiendo hecho unos panes y pasteles, le dijo:

- "Ve, mi amor, donde abuelita a ver cómo se encuentra, pues me contaron que estaba enfermita. Llévale estos panecillos y pasteles y una jarra de mantequilla." -

Caperucita partió inmediatamente para donde su abuelita, que vivía en la villa vecina. Cuando ella iba atravesando el bosque, se encontró con el lobo Gaffer, que tuvo la intención de comérsela, pero decidió que aún no, porque andaban leñadores en el bosque. Él le preguntó que hacia donde iba. La pobre niña que no sabía que era muy peligroso conversar con extraños, le dijo:

- "Voy a ver a mi abuelita, y le llevo unos panes y pasteles y una jarra de mantequilla que le envía mi mamá." -

- "¿Y vive ella lejos de aquí?" - preguntó el lobo.

- "Oh, sí" - contestó Caperucita, - "vive atrás de aquel molino que ves por allá, la primera casa a la entrada de la villa." -

- "Está bien" - dijo el lobo, - "yo también la visitaré. Yo iré por este camino, y tú por aquel, y veremos quien llega de primero." -

El lobo entonces corrió lo más que podía, tomando el atajo más corto, mientras que la niña iba por el más largo, entreteniéndose recogiendo nueces, persiguiendo mariposas, y haciendo ramitos de flores que cortaba. El lobo pronto llegó a la casa de la viejita. Tocó a la puerta -tuc, tuc, tuc.-

- "¿Quien es?" - preguntó la abuelita.

- "Tu nieta, Caperucita Roja" - replicó el lobo imitando su voz, - "y he traído panes y pasteles y una jarrita de mantequilla que mi mamá te envía." -

La buena abuelita, que estaba en cama debido a su malestar, gritó:

- "Levanta la tranca, y podrás abrir" -

El lobo levantó la tranca y abrió la puerta. Se abalanzó sobre la buena mujer y de un sólo bocado se la tragó, pues él no había comido nada en tres días. Entonces él cerró la puerta, se metió en la cama de la abuelita y esperó a Caperucita, quien al rato llegó y tocó a la puerta -tuc, tuc, tuc.-

- "¿Quien es?" - preguntó el lobo.

Caperucita al oír la ronca voz del lobo, al principio sintió temor, pero luego pensando que la abuelita estaba resfriada, contestó:

- "Es tu nieta, Caperucita Roja, que te ha traído panes y pasteles y una jarrita con mantequilla que te envía mi mamá.

El lobo le gritó, suavizando un poco la voz:

- "Levanta la tranca, y podrás abrir" -

Caperucita levantó la tranca y abrió la puerta.

El lobo, viéndola entrar, le dijo, ocultándose lo mejor posible bajo las sábanas:

- "Pon los panes y la jarrita de mantequilla sobre la tarima y ven acompáñame aquí." -

Caperucita se quitó su abrigo y se sentó en la cama, y la sorprendió mucho cómo lucía su abuelita en sus trajes de dormir.

Caperucita preguntó:

- "¡Abuelita, qué brazos tan largos tienes!"-

- "Son para abrazarte mejor, querida."-

- "¡Abuelita, qué piernas tan largas tienes!"-

- "Son para correr mejor, hijita."-

- "¡Abuelita, qué grandes orejas tienes!"-

- "Son para oírte mejor, hijita."-

- "¡Abuelita, qué grandes ojos tienes!"-

- "Son para verte mejor, hijita."-

- "¡Abuelita, qué boca tan grande tienes!"-

- "¡Es para comerte mejor!"-

Y diciendo esas palabras, el malvado lobo cayó sobre Caperucita y la devoró.

Enseñanza:

Los "lobos humanos" siempre están al acecho de niños y niñas inocentes. Nunca se debe dar confianza ni contar cosas personales a los extraños.



Comentario:

No es conveniente que niños o niñas anden solos, sin una compañía de confianza, pues son fácil presa de pedófilos y delincuentes que nunca dejan de estar a la mira, aprovechando la menor oportunidad para hacerles daño.

02-Cenicienta o La Zapatilla de Cristal



Hace muchos años, hubo un caballero que después de enviudar, tuvo como segunda esposa a una mujer también viuda que era de lo más orgullosa y altanera que podría imaginarse. Ella tenía dos hijas propias, que eran, sin ninguna duda, exactamente igual a su madre en todos sus defectos. El caballero también tenía una joven hija, con un temperamento tan bondadoso y tan dulce, que ella heredó de su madre, que hacía que no hubiera otra creatura mejor en el mundo.

No habían pasado muchos días desde la boda, cuando el mal temperamento de la madrastra la empezó a delatar tal como era. Ella no soportaba la bondad de la joven hijastra, porque eso hacía aparecer a sus hijas como odiosas. La madrastra le daba a ella los trabajos más duros de realizar en la casa, lavar los platos, preparar las mesas, pulir los pisos y limpiar las habitaciones completamente. La pobre muchacha tenía que dormir en el desván, sobre una miserable cama de paja, mientras que las hermanastras ocupaban finas habitaciones con pisos adoquinados, sus camas eran de la última moda, y tenían amplios espejos para mirarse de cuerpo entero. La pobre muchacha lo soportaba todo pacientemente, y no se atrevía a contárselo a su padre, quien la habría regañado por ello, ya que la nueva esposa lo dominaba completamente.

Cuando ella terminaba su labor, acostumbraba ir a la esquina de la chimenea, y sentarse entre las cenizas, de ahí que la llamaran "Escarba cenizas". La más joven de las hermanastras, que no era tan ruda y grosera como la mayor, la llamó "Cenicienta". Sin embargo, Cenicienta, a pesar de sus vestidos humildes, estaba siempre mucho más hermosa que las otras, a pesar de que ellas usaban lujosa ropa.

Sucedió que el hijo del rey preparó un festival, e invitó a todas las personas de la alta sociedad. Nuestras muchachitas fueron invitadas también, pues ellas mostraban gran prestancia entre la gente del pueblo. Ellas se emocionaron con la invitación, y estuvieron maravillosamente ocupadas escogiendo vestidos, enaguas, sombreros y todo lo que pudiera venirles mejor. Eso le aumentó la carga de trabajo a Cenicienta, pues tenía que plancharles toda aquella vestimenta y plegarle los paletones. Durante todo el día sólo hablaron de cómo irían vestidas.

- "Por mi parte"- dijo la mayor, - "me pondré mi traje de terciopelo rojo con las guarniciones francesas"-

- "Y yo"- dijo la menor, - "usaré mi falda de costumbre, pero para que haga juego con ella, me pondré mi capa con flores doradas, y mi prendedor de diamante, que está muy lejos de ser el más ordinario del mundo."-

Ellas enviaron por las mejores peinadoras que pudieron encontrar para que las peinaran con un estilo maravilloso, y compraron cosméticos para sus mejillas. Cenicienta era consultada en todos estos asuntos, ya que tenía buen gusto. Ella, que no era rencorosa, siempre les indicaba lo mejor, y también les ofrecía sus servicios para arreglar sus cabellos, que ellas aceptaban que lo hiciera.

Y mientras ella les ayudaba con eso, las hermanas preguntaron:

- "Cenicienta, ¿no te gustaría ir al festival?"-

- "Jóvenes damas"- dijo ella, - "sé que solamente se están burlando de mí. Bien saben que no estoy presentable como para ir ahí."-

- "Tienes razón"- respondieron, - "la gente se reiría de ver a una Escarba cenizas en el festival."-

Todas, menos Cenicienta, habían arreglado sus cabellos retorcidos, pero ella lo tenía bonito por naturaleza, y le lucía perfectamente bien. Las dos hermanastras pasaron dos días de ayuno, pero los pasaron con gusto. Rompieron como una docena de lazos tratando de ponérselos ajustados, para aparentar una fina y delgada figura, y continuamente se veían al espejo.

Por fin, llegó el dichoso día y ellas fueron al palacio, y Cenicienta las siguió con sus ojos tan lejos como pudo, y cuando se perdieron de vista, se puso a llorar.

Su madrina, al verla en lágrimas, le preguntó qué le sucedía.

- "Yo quisiera poder, yo quisiera poder..." - pero no podía terminar la frase por el llanto.

Y la madrina, que era un hada, le dijo:

- "Tú deseas poder ir al festival, ¿no es así?" -

- "¡Sí, claro!" - dijo Cenicienta suspirando.

- "Bien " - dijo su madrina, - "sé una buena chica y yo haré que vayas." -

Entonces ella la llevó a su cámara, y le dijo:

- "Corre al jardín y tráeme una calabaza." -

Cenicienta salió a coger la mejor que podía, y se la trajo, y no se imaginaba como esa calabaza la ayudaría a ir al festival. Su madrina le sacó todo el interior a la calabaza, quedando sólo la cáscara intacta. Entonces la golpeó con su varita, y la calabaza se convirtió al instante en un fino y dorado carruaje. Y fueron entonces a ver la trampa de ratones, donde encontraron a seis, todos vivos. Ella le ordenó a Cenicienta levantar la tapa de la trampa, y a medida que salía cada ratón, le daba un toquecito con su varita, y se convertía en el acto en un fino caballo, y los seis hicieron un fino conjunto, con un bello color gris vareteado.

Como faltaba un cochero, Cenicienta dijo:

- "Voy a ver si no hay una rata en la trampa para ratas, que pudiera hacer de cochero." -

- "Tienes razón" - replicó la madrina, - "ve y mira." -

Cenicienta le trajo la trampa para ratas, en la que había tres grandes ratas. El hada escogió a la que tenía la barba más larga, y tocándola con su varita, se tornó en un gordito cochero con el más fino bigote y patillas nunca antes vistos. Tras eso, ella le dijo a Cenicienta:

- "Ve al jardín, y encontrarás a seis lagartijas detrás de la vasija de agua, y me las traes." -

No más las llevó, y la madrina las transformó en seis pajes, que se colocaron inmediatamente junto al coche, con sus uniformes todos bordados con oro y plata, y allí se estuvieron a la orden, como si nunca en su vida hubieran hecho otra cosa.

Entonces el hada dijo a Cenicienta:

- "Bueno, ya ves aquí un carruaje apto para ir al festival. ¿No te gusta?" -

- "¡Oh, sí!" - gritó ella, - "pero ¿debo ir en estos harapos?" -

Su madrina simplemente la tocó con su varita, y, en ese instante, sus vestidos se tornaron de oro y plata, y decorados con joyas. Hecho eso, ella le dio un par de las más preciosas zapatillas de cristal que pudiera haber en el mundo entero. Estando ya así arreglada, montó en el carruaje, y su madrina le ordenó, que sobre todas las cosas, no se quedara pasada la media noche, y le advirtió, que si se quedaba un minuto más, el coche volvería a ser calabaza, sus caballos ratones, su cochero rata, sus pajes lagartijas, y sus vestidos harapos." -

Ella le prometió a su madrina que no le fallaría en dejar el festival antes de media noche. Ella salió, apenas pudiendo contenerse de la felicidad. Cuando llegó, le notificaron al hijo del rey que una gran princesa, que nadie conocía, había llegado, y corrió a recibirla. Le dio su mano para salir ella del coche, y la llevó al salón donde estaba reunida el resto de la gente. Se hizo un profundo silencio, todos dejaron de bailar, los violines cesaron de tocar, tan atraídos estaban todos por la singular belleza de la recién llegada. No se oía nada, excepto un susurro de voces diciendo:

- "¡Oh!, ¡Qué bella que es!, ¡Qué linda!" -

El mismo rey, que ya era viejo, no podía apartar sus ojos de ella y le dijo a la reina en su oído que hacía muchísimo tiempo que no veía a una tan bella y adorable creatura.

Todas las damas tomaban nota de su vestido y su sombrero, así el próximo día podrían ellas hacer el mismo patrón, proveyendo encontrar tan finos materiales y unas manos capaces de hacerlos.

El hijo del rey la condujo a la silla de honor, y luego la sacó a bailar con él. Ella bailó tan graciosamente, que cada vez era más y más admirada. Un

refrigerio fue servido, pero el joven príncipe estaba tan ocupado con ella, que no probó un bocado.

Cenicienta fue y se sentó junto a sus hermanastras, mostrándoles a ellas gran cortesía, y dándoles entre otras cosas parte de las naranjas y limones que el príncipe le había regalado. Esto las sorprendió mucho, pues no había sido presentada a ellas.

En eso escuchó que el reloj daba un cuarto para las doce. Entonces se despidió de los asistentes y salió lo más rápido que pudo.

Tan pronto llegó a la casa, corrió donde la madrina, y dándole las gracias, le contó lo mucho que desearía poder ir al festival al día siguiente, ya que el hijo del rey se lo había pedido. Estaba ella emocionadamente contando a su madrina lo sucedido esa noche, cuando llegaron las dos hermanas y tocaron a la puerta. Cenicienta les abrió.

"¡Tanto que tardaron!"- dijo ella, bostezando, frotándose los ojos, y estirándose como si acabara de despertar.

Ella no tuvo, en realidad, ningún motivo para dormir desde que ellas salieron de la casa.

"Si hubieras estado en el festival"- dijo una de las dos hermanas, "-no te hubieras aburrido ahí. Llegó allá la más fina princesa, la más bella que haya visto mortal alguno. Ella nos mostró miles de cortesías, y nos regaló naranjas y limones."

Cenicienta no mostró ninguna reacción con ello. Y más bien, les preguntó el nombre de la princesa; pero le dijeron que no lo sabían, y que el hijo del rey quedó muy interesado, y que daría todo el mundo por saber quien era. Y Cenicienta, sonriendo, respondió:

"¿Entonces era ella tan bella? ¡Qué afortunadas que han sido! ¿No podría verla yo? ¡Ah! querida Carlota, préstame tus trajes amarillos que usas cada día."

"¡Ah sí, cómo no!"- gritó Carlota, "-¡prestar mis vestidos a una tan sucia Escarba cenizas como eres tú! ¡Ni loca que estuviera!"-

Cenicienta, por su parte, esperaba una respuesta semejante y se alegró del rechazo; pues se hubiera visto en gran aprieto si hubiera aceptado prestarle el vestido que ella burlonamente le pidió. Al día siguiente las dos hermanas fueron al festival, y también lo hizo Cenicienta, pero vestida aún más exuberante que la vez anterior. El hijo del rey siempre permaneció a su lado, y sus bellas palabras para ella nunca cesaban. Estas de ninguna manera incomodaron a la joven dama. Y de seguro, ella olvidó las órdenes de su madrina, de manera que oyó al reloj empezar a dar las doce, y que sólo le quedaban once campanadas. Ella se levantó súbito y huyó, tan rápida como un venado. El príncipe la siguió, pero no la alcanzó. A ella se le cayó una de las zapatillas de cristal, que el príncipe guardó muy cuidadosamente. Y llegó a casa, casi sin aliento, sin carruaje, y en sus viejos vestidos, sin ninguno de sus adornos, excepto una de sus pequeñas zapatillas, la compañera de la que se le había perdido. Los guardias del palacio fueron interrogados si no habían visto salir a una princesa, y ellos contestaron que no habían visto a nadie más que a una joven, muy sencillamente vestida, que tenía más el aire de una campesina pobre que el de una joven dama.

Cuando las dos hermanas volvieron del festival, Cenicienta les preguntó si lo habían pasado bien, y que si la fina dama estuvo allí también. Ellas le dijeron que sí, pero que se retiró velozmente cuando daban las doce, y con tanto apresuramiento que perdió una de sus pequeñas zapatillas de cristal, la más bella del mundo, y que el hijo del rey la había guardado. Le dijeron, además, que no había hecho más que mirarla todo el tiempo, y que lo más seguro es estaba perdidamente enamorado de la bella dueña de la zapatilla.

Lo que ellas decían era cierto. Algunos días después, el hijo del rey mandó a proclamar, con sonido de trompetas, que él se casaría con la joven a quien la zapatilla le calzara exactamente. Entonces probaron con las princesas, luego con las duquesas, y con las cortesanas, pero todo en vano. Llegó el turno de probarlo a los dos hermanas, que hicieron lo imposible para que el pie le entrara en la zapatilla, pero no sucedió. Cenicienta, que vio eso, y conocía su zapatilla, dijo:

- "Permítanme ver si no me calza a mí." -

Sus hermanastras soltaron una breve risa y comenzaron a burlarse de ella. El caballero que fue enviado a probar la zapatilla miró atentamente a Cenicienta, y viéndola muy hermosa, dijo que era justo que ella la probara, y que tenía órdenes de dejar que toda dama la probara.

Él obligó a Cenicienta a sentarse, y, poniendo la zapatilla en su pequeño pie, encontró que entró muy fácilmente, y que le calzaba tan bien como si hubiera sido hecho de cera. El asombro de las dos hermanas fue inmenso, pero lo fue aún más cuando Cenicienta sacó de su bolso la otra zapatilla y la colocó en su otro pie. Ahí mismo, llegó su madrina, quien, tocando los vestidos de Cenicienta con su varita, los hizo más maravillosos que todos los que había usado antes.

Y ahora las dos hermanastras acataron que la bella dama que ellas vieron en el festival era Cenicienta. Ellas se tiraron a sus pies para pedirle perdón por sus maltratos a ella. Cenicienta las levantó, y abrazándolas les dijo que las perdonaba de todo corazón, y les pidió que la quisieran siempre.

Cenicienta fue llevada al joven príncipe, vestida como estaba. Él la encontró más esplendorosa que nunca, y a los pocos días, la desposó. Cenicienta, que era tan buena como bella, dio a sus dos hermanastras un hogar en el palacio, y ese mismo día ellas también se casaron con importantes señores de la corte.

Enseñanza:

La bondad siempre predomina sobre el error.



Comentario:

Cada uno de nosotros llevamos dentro de nuestro ser una hada madrina, que es la voluntad de emprender un proyecto u objetivo y hacer el mayor esfuerzo por llevarlo a su meta.



03-Pulgarcito

Había una vez un leñador y su esposa, quienes tenían siete hijos, todos varones. El mayor apenas era un adolescente y el menor rondaba los siete años.

Ellos eran muy pobres, y sus siete hijos eran una gran fuente de problemas porque ninguno podía aún ganarse su pan. Y lo que les causaba más dificultad era que el menor era muy delicado, y difícilmente pronunciaba una palabra, lo que hacía que la gente tomara por estupidez cualquier cosa que dijera con buen sentido. Él era pequeñito, y cuando nació no era más grande que el dedo pulgar; por eso lo llamaron "Pulgarcito".

El pobre niño era el menospreciado de la familia, y siempre lo hacían a un lado. Él era, sin embargo, el más brillante y discreto de los hermanos, y si hablaba poco, oía y pensaba mucho más.

Y vino un año muy malo, y la hambruna fue tan grande para esta pobre gente, que no sabían que hacer con los chicos. Un atardecer, cuando ya ellos estaban en cama, y el leñador estaba sentado con su esposa junto a la chimenea, él le dijo, con su corazón a punto de explotar de pesar:

- "Bien sabes plenamente que no estamos en condiciones de seguir dándole alimento a nuestros hijos, y no soportaría verlos a ellos morir de hambre ante mis ojos, por lo que he resuelto perderlos en el bosque mañana, lo cual es muy fácil de hacer. Cuando estén atando los grupos de leña, nosotros sólo tendremos que correr sigilosamente y abandonarlos sin que nos vean." -

- "¡Oh no!" - gritó su esposa, - "¿Serías realmente capaz de llevarte a los chicos y perderlos?" -

En vano su esposo le presentó su situación de gran pobreza, ella no lo consentía. Ella era muy pobre, pero era su madre.

Sin embargo, habiendo considerado el inmenso pesar que sería para ella verlos morir de hambre en su presencia, ella consintió, y se fue llorando a su cama.

Pulgarcito, que estaba despierto, escuchó todo lo que conversaron, pues oyendo que hablaban de planes futuros, se levantó suavemente y se deslizó debajo del asiento de su padre, de modo que pudo oír sin que lo vieran. Luego volvió a su cama de nuevo, pero esa noche no durmió ni un instante, pensando en qué tendría que hacer. Esa mañana, él se levantó temprano, y se dirigió a la orilla del riachuelo, donde llenó sus bolsillos de pequeñas piedrecillas blancas, y regresó a casa.

Pulgarcito nunca le contó a sus hermanos una palabra de lo que sabía. Más tarde todos salieron, y fueron a una tupida selva, donde no podían verse unos a otros ni a diez metros de distancia. El leñador comenzó a cortar madera, y los chicos a juntar los palos para hacer gavillas. Su padre y su madre, viéndolos bien ocupados en su labor, se alejaron de ellos silenciosamente y corrieron tan rápido como podían por un ventoso sendero.

Cuando los muchachos se dieron cuenta de que estaban solos, comenzaron a gritar lo más fuerte que podían. Pulgarcito los dejaba gritar, sabiendo muy bien cómo regresar a casa de nuevo, ya que cuando venían hacia el bosque, había dejado caer a lo largo del camino las piedritas blancas que traía en su bolso. Entonces él les dijo:

- "No teman, hermanos, nuestro padre y madre nos han dejado aquí, pero yo los llevaré de nuevo a casa. Solamente síganme." -

Ellos lo siguieron, y los llevó a casa por el mismo camino por donde entraron a la floresta. Ellos no se atrevían a ingresar a la casa, sino que se quedaron afuera de la puerta para escuchar lo que sus padres pudieran comentar.

En el mismo momento que el leñador y su esposa llegaban a casa, el señor del feudo les enviaba a ellos diez coronas, que hacía tiempo le debía, y las cuales él pensaba que no volvería a ver. Esto les dio a ellos nueva vida, ya que la pobre gente se estaba muriendo de hambre. El leñador envió a su esposa donde el carnicero inmediatamente. Y como ya hacía rato que no probaban bocado, ella compró el triple de carne necesaria para una cena de dos personas. Cuando ya habían comido, la mujer dijo:

- "¡Dios mío!, ¿dónde estarán nuestros pobres niños ahora?, bien pudieran haber hecho una buena fiesta de todo lo que dejamos aquí. Fuiste tú,

Guillermo, quien quisiste que se perdieran. Te dije que nos arrepentiríamos de eso. ¿Qué estarán haciendo ahora en la selva? ¡Oh, no! quizás los lobos ya los devoraron. Fuiste muy inhumano por haber perdido a los chicos."

El leñador se llenó de total impaciencia, ya que ella repitió veinte veces que él se arrepentiría de esa acción, y que ella estaba en lo correcto. Él le pidió que dejara de hablar. El leñador estaba, quizás, más dolido que su esposa, pero ella lo importunaba tanto que no podía soportarla. Ella lloró amargamente, diciendo:

"¡Dios mío! ¿Dónde están mis muchachos ahora, mis pobres muchachos? "

Y una vez ella dijo eso tan alto, que los chicos que estaban tras la puerta, lo oyeron y gritaron a coro:

"¡Aquí estamos! ¡Aquí estamos!"-

Ella corrió inmediatamente y los metió a la casa, y abrazándolos dijo:

"Qué feliz me siento de verlos de nuevo, mis queridos muchachitos. Están muy cansados y hambrientos, y mi pobre Pedro, estás lleno de barro. Ven y déjame que te limpie."-

Pedro era el mayor de ellos, a quien ella amaba más que al resto, porque él era pelirrojo, igual que ella.

Todos se sentaron a la mesa, y comieron con un apetito que deleitó tanto a padre y madre, a quienes les contaron lo asustados que estuvieron en el bosque, casi todos hablando al mismo tiempo.

Y los padres estaban deleitados de ver a sus hijos una vez más. Y esta dicha perduró mientras las diez coronas se gastaban. Pero cuando ya se acabaron, ellos cayeron de nuevo en sus congojas, y decidieron volver a perder a los muchachos de nuevo. Y para estar bien seguros de hacerlo mejor, determinaron llevarlos a un lugar mucho más largo y a más profundidad dentro del bosque que antes.

Ellos trataban de hablar de esto muy secretamente, pero fueron oídos otra vez por Pulgarcito, que trazó su plan para salir de la dificultad tal como lo había hecho la vez anterior. Pero a pesar de haberse levantado temprano para ir a

recoger las piedritas, no pudo, pues las puertas estaban cerradas con doble tranca. En ese momento no supo que hacer.

El padre les dio a cada uno un pedazo de pan para el desayuno. Pulgarcito percató que él podría usar el pan en lugar de las piedritas, tirándolo en migajas a lo largo del camino por donde deberían pasar, por lo que lo guardó en su bolso. Su padre y madre los llevaron a lo más denso y oscuro del bosque, y entonces, escapándoseles en un sendero, los dejaron allí.

Pulgarcito no se preocupó mucho por eso, ya que pensó que fácilmente encontraría la ruta de nuevo por medio de las migajas de pan que dejó caer a lo largo del recorrido. Pero se sorprendió mucho cuando no pudo encontrar ni una simple borona: los pájaros habían llegado y comido todo el pan.

Ahora estaban en un grave problema, pues entre más intentaban salir, más profundamente se internaban en el bosque. Cayó la noche, y se levantó un fuerte viento, que los llenó de temor. Ellos se imaginaban que oían a cada lado a los lobos llegando a devorarlos. Ellos difícilmente se atrevían a hablar o voltear sus cabezas. Entonces llovió tan torrencialmente, que se empaparon hasta la piel. Sus pies resbalaban a cada paso, y caían en el barro, cubriendo sus manos con él, tanto que no sabían que hacer con ellas.

Pulgarcito escaló a lo alto de un árbol, para ver que descubría. Mirando alrededor, vio una pequeña luz, como una candela, pero lejos, después del bosque. Bajó, y cuando estuvo en el suelo, no la pudo ver más, lo que lo puso muy triste. Sin embargo, habiendo caminado por un rato con sus hermanos en la dirección hacia la cual había visto la luz, él la descubrió de nuevo en cuanto salieron del bosque.

Al fin llegaron a la casa donde brillaba la lucecita, no sin muchos temores, ya que a menudo la perdían de vista, lo que sucedía cada vez que llegaban a una depresión del terreno. Ellos tocaron a la puerta, y una buena mujer vino a abrirles.

Ella les preguntó que deseaban. Pulgarcito le dijo que eran muchachos pobres que se habían perdido en el bosque, y deseaban que por caridad les diera posada. La mujer, viéndolos a todos muy hermosos, comenzó a llorar y a decirles:

- "¡Por Dios!, pobres muchachos, ¿de dónde vienen?, ¿No saben que esta casa pertenece a un cruel ogro que come muchachos y niños?" -

-¡Ay no!, querida señora "- contestó Pulgarcito, (a quien, junto con sus hermanos, le temblaban todos sus miembros), -"¿Qué debemos hacer? Los lobos del bosque con seguridad nos devorarán esta noche si usted no nos acoge en su casa. Así que preferiríamos que sea el caballero quien nos coma. Quizás él pueda tener piedad de nosotros si usted se lo implora"-

La esposa del ogro, que creía que podría ocultarlos de su esposo hasta la mañana, los dejó entrar, y los llevó a entibiarse a un buen fuego, ya que había un cordero entero asándose para la cena del ogro.

Cuando ellos comenzaban a entibiarse oyeron tres o cuatro golpes secos en la puerta. Era el ogro que había llegado a casa. Su esposa rápidamente los ocultó bajo la cama y fue a abrir la puerta. El ogro de inmediato preguntó si ya estaba lista la cena y el vino servido, y se sentó a la mesa. El cordero aún estaba crudo, pero así le gustaba más. El olió a derecha e izquierda, diciendo:

- "Me huele a carne fresca." -

- "Lo que te huele" - dijo su esposa, - "debe ser el ternero que acabo de matar y destazar." -

- "Me huele a carne fresca, te digo una vez más" - replicó el ogro, viendo fijamente a su esposa, - "y hay algo aquí que no comprendo."

Y pronunciando estas palabras se levantó de la mesa y se fue directamente a la cama.

- "Ah" - dijo mirando bajo la cama, - "así es cómo me engañas. No sé por qué no te he comido. Es bueno para ti que seas tan dura de carnes. Aquí está el producto de la caza, que llega muy a tiempo para entretener a tres ogros conocidos que vendrán a visitarme en uno o dos días." -

Él los fue sacando uno a uno de debajo de la cama. Los pobres chicos cayeron sobre sus rodillas implorando perdón, pero estaban tratando con uno de los más crueles ogros, quien, lejos de tener piedad de ellos, ya los estaba devorando mentalmente, y le dijo a su esposa que ellos serían una comida delicada cuando ella haya cocinado una buena salsa.

Entonces tomó un gran cuchillo, y acercándose a los pobres chicos, lo afiló con una gran piedra de afilar que sostenía en su mano izquierda. Y ya había colgado a uno de ellos por los pies cuando su esposa le dijo:

- "¿Qué necesidad tienes de hacer eso ahora? ¿No tendrás bastante tiempo mañana?" -

- "Déjate de habladurías" - dijo el ogro, - "mis amigos comerán el más tierno" -

- "Pero tienes mucha carne ya lista" - replicó su esposa, - "hay un ternero, dos ovejas, y medio cerdo." -

- "Es cierto" dijo el ogro, - "dale a estos chicos una buena cena, para que no estén tan delgados, y ponlos en la cama" -

La buena mujer estaba muy contenta por ello, y les sirvió una buena cena. Pero ellos estaban tan asustados que no pudieron comer.

Y en cuanto al ogro, se sentó de nuevo a beber, sintiéndose todo complacido de contar con qué atender a sus amigos. Bebió una docena de vasos de vino más que de costumbre, que se le subieron a la cabeza y lo obligaron a ir a la cama.

El ogro tenía siete hijas, que estaban aún jovencitas. Estas jóvenes ogresas tenían todas muy fina tez, pero todas ellas tenían pequeños ojos grises, cara redonda, nariz aguileña, una gran boca, y muy grandes y afilados dientes. Aún no eran malvadas, pero iban en camino a serlo, pues ya habían comido a pequeños niños.

Su madre ya las había acostado, a todas las siete en una misma cama, y cada una con una corona de oro sobre su cabeza. Había en la habitación otra cama del mismo tamaño, y la esposa del ogro puso a los siete muchachitos en esa cama, y luego ella misma fue a su cama.

Pulgarcito, que había observado que las hijas del ogro tenían coronas de oro sobre sus cabezas, y que estaba temeroso de que el ogro los fuera a matar esa noche, se levantó a medianoche, y tomando las gorritas de sus hermanos y la propia, fue sigilosamente donde las hijas, y quitándole sus coronas, les colocó las gorritas de ellos, y a sus hermanos y a él mismo, colocó las coronas de oro, de modo que el ogro los tomara a ellos como sus hijas, y a sus hijas como si fueran ellos, a quienes quería matar.

Las cosas salieron tal como las pensó, ya que el ogro, desvelándose a media noche, le incomodaba que hubiera pospuesto para la mañana lo que él pudo

haber hecho temprano esa noche, y saltó ligero de la cama y tomó su gran cuchillo.

- "Veamos"- dijo, - "cómo funcionan nuestros bribones, y no tenga así que repetir el trabajo"-

Él subió las gradas, y andando a tientas todo el camino, llegó al dormitorio de las hijas, y acercándose a la cama donde estaban los muchachos bien dormidos, menos Pulgarcito, quien se puso terriblemente asustado cuando el ogro pasó su mano sobre su cabeza, tal como lo había hecho con sus hermanos. El ogro sintió las coronas de oro y dijo:

- "Tengo que hacer un fino trabajo con todo esto, aunque cierto, bebí demasiado anoche."-

Entonces se dirigió a la cama donde dormían sus hijas, y sintiendo en sus cabezas los gorros de los chicos, dijo:

- "¡Ah!, mis queridos mozos, ¿están aquí?, vamos a trabajar descaradamente."-

Y diciendo esas palabras, sin mayor dificultad, cruelmente mató a sus siete hijas. Y bien satisfecho con lo que había hecho, regresó a su cama.

En cuanto Pulgarcito escuchó al ogro roncar, despertó a sus hermanos, y les pidió que se pusieran sus vestidos rápidamente y lo siguieran. Llegaron silenciosamente al jardín y escalaron el muro. Ellos corrieron rápido, toda la noche, temblando todo el tiempo, sin saber hacia donde dirigirse.

El ogro, cuando despertó, dijo a su esposa:

- "Ve arriba y viste a esos traviesos que llegaron anoche."-

La ogresa estaba sorprendida de aquella bondad de su esposo, sin imaginar de que manera los iba a vestir, y pensando solamente que él le había ordenado ir arriba y vestirlos, ella fue. Pero se horrorizó cuando se dio cuenta de que sus siete hijas estaban muertas.

Ahí mismo ella se desmayó, lo que sería natural en tal caso. El ogro, extrañado de que su esposa tardara tanto en hacer lo ordenado, subió para ayudarle. Él no fue menos sorprendido que su esposa ante aquel escalofriante espectáculo.

- "¡Oh! ¿Pero que he hecho?"- gritaba, - "¡Esos desgraciados pagarán por esto, e inmediatamente!"-

Él tiró un tarro de agua sobre la cara de su esposa desmayada, y volviéndola en sí, gritó:

- "¡Tráeme rápido mis botas de siete leguas, pues iré a capturarlos!"-

Salió entonces al campo, y después de correr en todas direcciones, llegó al fin al camino principal por donde estaban los muchachos, y a no más de cien pasos de la casa de sus padres. Ellos vigilaron al ogro, quien caminaba en un solo paso montaña tras montaña, y pasaba sobre anchos ríos como si fueran riachuelos. Pulgarcito, viendo un hueco en una roca cercana, escondió a sus hermanos allí, y metiéndose él también, esperaban a ver que llegaría a ser del ogro.

El ogro, que se sentía agotado con su largo e infructuoso viaje, (ya que esas botas de siete leguas exigían mucho esfuerzo a su usuario), tenía una gran necesidad de descansar, y por casualidad, se fue a sentar sobre la roca donde se habían escondido los muchachos. Y como estaba desgastado por la fatiga, quedó dormido, y al cabo de un rato empezó a roncar tan horriblemente que los pobres muchachos no estaban menos asustados que cuando tomó el cuchillo y estaba a punto de quitarles la vida. Pulgarcito no estaba tan asustado como sus hermanos, y les dijo que debían correr de una vez hacia la casa mientras el ogro dormía profundamente y que no se preocuparan por él. Ellos siguieron lo aconsejado y corrieron de inmediato hacia la casa.

Pulgarcito se acercó entonces al ogro, y suavemente le quitó las botas, y se las puso él mismo sobre sus pies. Las botas eran grandes, pero como eran botas fantásticas, tenían el don de hacerse grandes o pequeñas, de acuerdo a las piernas de quien las usara, de modo que le calzaron al pie y a la pierna como si hubieran sido hechas a la medida para él. Se dirigió entonces directamente a la casa del ogro, donde encontró a la esposa llorando amargamente por la pérdida de sus hijas asesinadas.

- "Su esposo"- dijo Pulgarcito, - "está en grave peligro, ya que ha sido capturado por una banda de ladrones, que han amenazado con matarlo si él no les entrega todo su oro y plata. Y en el momento en que le tenían puestas sus dagas en la garganta, logró verme y me rogó que viniera y le contara a usted la condición en que se encontraba, y le dijera que me diera todo lo que tuviera de valor, sin retener una sola cosa, pues si no lo matarían sin misericordia. Y

como la amenaza iba en serio, me dijo que usara las botas de siete leguas, que puede ver que llevo puestas, de modo que yo pudiera venir rápido y que así le demostraría que no es una imposición de mi parte."

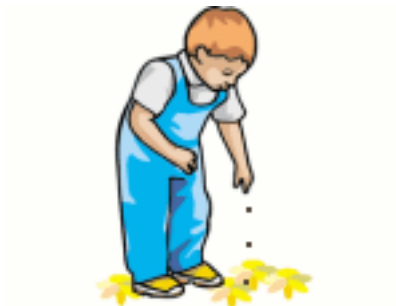
La buena mujer, quedando grandemente atemorizada, le dio todo lo que tenía, ya que el ogro aunque comía niños, era un buen esposo. Pulgarcito, teniendo ya toda la fortuna del ogro, llegó con sus hermanos a la casa de sus padres, donde fue recibido con inmensa dicha.

Hay mucha gente que no está de acuerdo con el relato de esta acción de Pulgarcito, y suponen que él nunca le quitó del todo la fortuna al ogro, y que solamente pensó que sería de suficiente justicia tomar las botas de siete leguas, porque él las usaba únicamente para perseguir niños. Estos folkloristas afirman estar muy seguros de eso, porque dicen que han comido y bebido a menudo en la casa del leñador. Ellos declaran que cuando Pulgarcito tomó las botas del ogro, fue a la Corte, donde se enteró de que había problemas en cierto ejército, que se encontraba a doscientas leguas de allí, y que estaban ansiosos por saber del éxito de la batalla. Él fue, dicen ellos, a donde el rey, y le dijo que si quería, el podría traerle noticias al respecto antes del anochecer.

El rey le prometió una gran cantidad de dinero si tenía éxito. Pulgarcito regresó esa misma noche con las noticias, y esta primera expedición causó que fuera conocido, y ganó tanto dinero como quiso, ya que el rey le pagaba muy bien por llevar sus órdenes al ejército. Muchas damas lo contrataban para enviar sus mensajes, con quienes ganó mucho dinero también. Después de algún tiempo de llevar el negocio de mensajero y ganar con ello una gran fortuna, fue a casa de sus padres, y es imposible expresar la felicidad de su familia. Él colocó a todos sus hermanos en circunstancias muy confortables, compró propiedades para sus padres y hermanos, y con eso los asentó muy firmemente en el mundo, mientras que él continuó su camino exitosamente.

Enseñanza:

La buena observación y el buen planeamiento, llevan al éxito.



Comentario:

En los tiempos y lugar en que se sitúa este cuento, no existían controles gubernamentales sobre las constituciones de las familias, ni protecciones para los niños, por lo que es bien probable que realmente existieran casos de padres y madres que de una u otra forma se deshicieran de sus hijos cuando la miseria los acorralaba. El tema de los OGROS fue un invento muy útil para ocultar el asesinato de muchos niños, diciendo que habían sido devorados por ogros. Hoy en día, en el siglo 21, en todos los países civilizados existen leyes que protegen a los niños de cualquier maltrato que pudieran recibir de sus padres, familiares o cualquier persona, y quien haga o intente hacer daño a un niño o niña será castigado severamente. Pero para eso debe denunciarse el caso ante las autoridades y no quedarse callado.

04-La Bella Durmiente del Bosque



Había una vez un rey y una reina que se sentían muy tristes por no tener aún niños, tan tristes que no podría describirse.

Por fin, llegó el momento en que la reina tuvo una niña. Y hubo un majestuoso bautizo. La niña tuvo por madrinas a todas las hadas que había en el reino, que eran siete en total, de tal modo que cada una de ella le confirió un regalo muy especial, tal como era la costumbre en esos días. Por ello la princesita obtuvo todas las perfecciones imaginables.

Cuando terminó la ceremonia del bautizo, los presentes regresaron al palacio del rey, donde estaba preparada una gran fiesta para las hadas. Al frente de cada una de ellas había una magnífica cubierta, toda de oro sólido, con su plato, cuchara, tenedor y cuchillo, y con adornos de diamantes y rubíes. Y cuando ellas se sentaban a la mesa vieron llegar al salón a una vieja hada. Ella no había sido invitada, porque por más de cincuenta años no había salido nunca de cierta torre, y todos creían que había muerto o estaba encantada.

El rey ordenó traer cubiertas, pero no pudieron ser de oro como a las otras, pues sólo habían hecho siete para las siete primeras hadas.

La anciana hada creyó que había sido menospreciada, y murmuró amenazas entre dientes. Una de las jóvenes hadas que estaba sentada cerca la escuchó, y pensando que ella podría haberle dado a la princesa algún terrible regalo, se escondió entre las cortinas tan pronto como se levantaron de la mesa. Ella tenía la esperanza de ser la última en hablar y deshacer lo más que pudiera, la maldad que la vieja hada pudiera hacer.

Mientras tanto todas las hadas comenzaron a dar sus regalos a la princesa. La más joven le dio de regalo que sería la persona más bella en el mundo, la siguiente que tendría el ingenio de un ángel, la cuarta que bailaría perfectamente, la quinta que cantaría como un ruiseñor, y la sexta que tocaría todos los instrumentos musicales a perfección.

Llegó el turno de la anciana hada, y su cabeza actuando más con odio que con edad, dijo que la princesa se pinchará la mano con un huso de hilar y morirá de la herida. Este terrible regalo dejó a los acompañantes atónitos, y todos lloraron amargamente.

En ese momento salió la joven hada de entre las cortinas, y dijo lo siguiente en voz bien alta:

- "Les aseguro a ustedes, oh rey y reina, que su hija no morirá por ese desastre. Es cierto que yo no tengo el poder suficiente para eliminar del todo la maldición que la anciana hada ha lanzado. Pero, aunque la princesa efectivamente se punzará la mano con el huso, en vez de morir, entrará a un profundo sueño que durará cien años, en cuyo término un hijo de un rey vendrá y la despertará." -

El rey, tratando de evitar la maldición dicha por la vieja hada, impartió órdenes prohibiendo a toda persona, bajo pena de muerte, hilar con rueca y huso, o siquiera tenerlos en su casa. Más o menos quince o dieciséis años más tarde, estando ausentes el rey y la reina, de paseo en una de sus villas, la princesa aprovechó la ocasión subiendo y bajando por el palacio, iba de cuarto en cuarto, hasta que llegó a una pequeña habitación en lo alto de una torre, donde una buena anciana que vivía sola, estaba hilando con su huso. Esta buena anciana nunca había oído las órdenes del rey en contra los husos.

- "Hola, ¿qué haces allí, mi buena señora?" - dijo la princesa.

- "Estoy hilando, preciosa." - dijo la anciana, quien no sabía que esa era la princesa.

- "¡Uh!" - dijo la princesa, - "¡que lindo que es!, y ¿cómo se hace? Pásamelo a mí. Déjame ver si yo lo puedo hacer también" -

No más lo había tomado ella entre sus manos, y ya fuera porque lo hizo demasiado rápido y sin precaución, o porque el decreto de la vieja hada así lo tenía predispuesto, el huso hirió sus manos haciéndola caer desmayada.

La buena anciana, no sabiendo que hacer, gritó por ayuda. La gente llegó desde cada rincón, le tiraron agua en la cara, le desabrocharon las prendas, le frotaban las palmas de las manos, le rociaban su cara con agua de colonia, pero nada servía para reactivarla.

Entonces el rey, que ya estaba regresando, al oír los ruidos subió apresurado, recordando la amenaza de la vieja hada. Por ello la princesa fue llevada a la habitación más fina del palacio, y colocada en una cama toda arreglada con oro y plata. Cualquiera la tomaría por un angelito, dada su gran belleza y que el desmayo no alteró su prestancia: sus mejillas rosadas, sus labios de coral, su bella cabellera. Cierto que tenía sus ojos cerrados, pero se le oía respirar muy suavemente, lo que daba certeza a todos de que no estaba muerta.

El rey dio órdenes de que debía ser dejada durmiendo en silencio y tranquilamente hasta la llegada de su hora de despertar. Cuando sucedió el accidente, la buena hada que le había cambiado la maldición por cien años de sueño, salvándole así la vida, se encontraba en el reino de Matakín, a doce mil leguas de distancia. Pero ella fue informada al instante por un pequeño duende que poseía botas de siete leguas, esto es, botas que en cada paso recorrían siete leguas de una sola vez. La buena hada partió de inmediato, y llegó una hora después, en una hermosa carroza tirada por dragones.

El rey le dio su mano para bajar de la carroza, y ella aprobó todo lo que habían hecho. Pero como ella tenía muy buena visión para lo venidero, pensó que cuando la princesa despertara no sabría que hacer consigo misma, ya que se encontraría sola en el viejo palacio. Esto es lo que ella hizo entonces: con su varita mágica: tocó a todo el mundo en el palacio (excepto al rey y la reina a quienes dejaría de últimos), gobernadores, criadas de honor, señoras de las recámaras, caballeros, oficiales, cocineros, ayudantes de cocina, guardas, pajes, y cuanto humano hubiera en palacio. De igual forma hizo con los animales, caballos, perros, gatos, gallinas, palomas, mascotas y todos los demás.

Tan pronto como los tocaba, caían en profundo sueño, del cual sólo despertarían cuando lo hiciera la princesa, así ellos estarían listos esperándola a que les solicitara sus servicios de nuevo. Los asadores que estaban en el fuego cargados de perdices y faisanes pararon, e igualmente el fuego se apagó. Todo esto sucedió en instantes. Las hadas no se demoran en hacer su trabajo.

Y ahora el rey y la reina, habiendo besado a su muchacha amada sin despertarla, salieron del palacio pensando en dar órdenes de que nadie debía acercarse al lugar.

Dichas órdenes en realidad no eran necesarias, porque en menos de quince minutos crecieron alrededor del parque del palacio, cientos de árboles,

pequeños y grandes, arbustos y zarzas, que se trenzaban unas con otras, de modo que ningún hombre o bestia podía atravesarlas. Ni tampoco nada podía verse desde el exterior, solamente las partes más altas de las torres del palacio, y eso solamente desde muy lejos. Toda la gente del país supo que esto era obra del hada para que mientras la princesa dormía, no tuviera nada de peligro por parte de la gente curiosa. En seguida el rey y la reina también fueron dormidos por el hada.

Pasados cien años, el hijo del rey que entonces reinaba, y que no era pariente de la familia de la princesa durmiente, fue de cacería por esa región, y preguntó a varias personas que qué eran aquellas torres que él divisó en medio de un tupido bosque. Cada uno contestaba de acuerdo a lo que había oído. Unos decían que era un castillo encantado, otros que era donde las brujas del país se reunían todas las medianoches, y la versión más común es que era la residencia de un ogro, que llevaba allá a los niños que podía capturar, y luego los comía a su gusto, sin que nadie hubiera podido seguirlo, porque sólo él sabía hacerse el camino a través del bosque.

El príncipe no sabía a quien creerle, y finalmente un anciano del lugar le dijo así:

- "Podría complacerle, Su Majestad, que hace más de cincuenta años que yo oí de mi padre que en ese castillo estaba la más bella de las princesas jamás vista, pero que ella debía dormir por cien años, y que sería despertada por el hijo de un rey, para quien ella estaba reservada. "-

Al oír eso, el joven príncipe se entusiasmó. Él pensó, sin tomar más miramientos en el asunto, que él podría poner fin a esta rara aventura, y, empujado por el amor y el deseo de gloria, decidió en el acto enrumbarse para allá con su gente.

A medida que él se acercaba al bosque, todos los grandes árboles, arbustos y zarzas se soltaban para permitirle pasar sin problemas. Caminó hasta el castillo que vio al final de una larga avenida, y fue más grande su sorpresa cuando notó que nadie de sus acompañantes lo seguía, pues en el tanto que él avanzaba, el bosque de nuevo se cerraba detrás. Sin embargo no cesó de seguir su camino, pues un príncipe en busca de gloria es siempre valiente.

Ingresó a una amplia corte externa, y lo que vio fue suficiente para paralizarlo de horror. Un silencio sepulcral reinaba por doquier. La imagen de desolación y muerte estaba en todo lado. Y no se veía otra cosa que cuerpos de gente y

animales que parecían estar muertos. Sin embargo, él muy bien juzgó, por las caras rosadas y las narices abultadas de los porteros, que solamente estaban dormidos. Y sus copas, donde se encontraban algunas gotas de vino, mostraban plenamente que ellos acababan de entrar al sueño cuando tomaban su vino.

Entonces atravesó una corte pavimentada con mármol, subió las gradas, y llegó a la cámara de guardas, donde los guardas aún estaban en su posición, con sus carabinas sobre sus hombros, y roncando a lo más que podían. Anduvo por muchos cuartos llenos de damas y caballeros, algunos de pie, otros sentados, pero todos dormidos. Y llegó a una recámara dorada, donde vio sobre una cama, ya que las cortinas estaban abiertas, la más bella vista jamás pensada - una princesa con aparentemente quince o dieciséis años de edad, y cuya resplandeciente y brillante belleza le daban algo de divino en ella. Él se acercó temblando y con mucha admiración, y se arrodilló ante ella.

Entonces, como el final del encantamiento había llegado, la princesa despertó, y mirándolo con los ojos más tiernos que podían esperarse a primera vista, dijo:

- "¿Eres tú, mi príncipe? Has esperado por mucho tiempo." -

El príncipe, encantado con aquellas palabras, y mucho más con el modo en que fueron pronunciadas, no sabía como mostrar su dicha y gratitud. Él le aseguró que la amaba mucho más que a sí mismo. Su comunicación no estuvo muy formal, pero se sentían muy complacidos, pues donde hay mucho amor, hay poca elocuencia. Él se sentía más confundido que ella, y no debemos extrañarnos, pues ella había tenido tiempo para pensar qué decirle, ya que es evidente (aunque la historia no dice nada de eso), que la buena hada, durante un tan largo tiempo de dormir, le habría dado muchos sueños placenteros y preparatorios. En resumen, siguieron hablando por cuatro horas, y entonces se dijeron que no les quedaba nada por contar.

Entretanto, todos en palacio habían despertado junto con la princesa, y cada uno fue a atender sus asuntos. La dama de honor, que era tan perfeccionista como sus compañeros, se impacientó mucho, y en voz alta le dijo a la princesa que la cena estaba servida. El príncipe ayudó a la princesa a levantarse. Ella estaba completa y magníficamente vestida, pero su real Majestad tuvo cuidado de no decirle que esta vestida a la moda de su bisabuela, y tenía un gran collar. Pero no por ello perdía nada de su encanto y belleza.

Ellos siguieron al gran salón de los espejos, donde cenaron, y fueron servidos por los oficiales encargados de la atención de la princesa. Los muchachos de los violines y oboes tocaron viejas melodías con excelencia, aunque no habían tocado por cien años. Y luego de la cena, sin perder tiempo, el obispo los casó en la capilla del castillo. Ellos no tenían mucho sueño - la princesa raramente necesitaría un poco - y al amanecer el príncipe la dejó para retornar a su ciudad, donde su padre estaba muy preocupado por él.

El príncipe le dijo que se había perdido en el bosque durante la cacería, y que había dormido en un refugio de un carbonero, quien le dio queso y pan tostado.

El rey, su padre, quien era un buen hombre, le creyó, pero su madre no se convenció de que fuera verdad, y viendo que él casi todos los días decía que iba de caza, y que siempre tenía alguna excusa para hacerlo, pensando además que había pasado afuera tres o cuatro noches seguidas, ella comenzó a sospechar que él se había casado, pues ya llevaba cerca de dos años viviendo con la princesa, tiempo en el cual tuvo dos hijos: la mayor, una niña, llamada Amanecer, y el más joven, un niño, llamado Día, porque era mucho más hermoso que su hermana.

La reina le hablaba a menudo a su hijo, para saber de que manera estaba pasando el tiempo, y le dijo que en esto él tenía el deber de satisfacerla. Pero él nunca se atrevió a confiar en ella su secreto, y aunque la amaba, él la temía, pues era de la raza de los ogros, y el rey la había desposado únicamente por las riquezas que poseía. Se rumoraba en toda la corte que ella tenía inclinaciones de ogro, y que, en cualquier momento que ella veía a un pequeño niño pasando cerca, tenía grandes dificultades para prevenirse ella misma de no caerle encima al niño. Así que el príncipe jamás le dijo una palabra al respecto.

Cuando dos años después el rey murió, el príncipe se vio él mismo como señor y maestro y entonces públicamente anunció su matrimonio, y fue en gran caravana a traer a su reina al palacio. Hicieron una magnífica entrada a la ciudad, ella viajando entre sus dos niños.

Poco después se entabló una guerra contra el emperador Cantalabutte, su vecino. Él dejó el mando del gobierno a la madre reina, y encarecidamente le encomendó que cuidara de su esposa e hijos. Él se vio obligado a seguir en la guerra todo el verano, y tan pronto como él se fue, la reina madre envió a su nuera con sus hijos a una casa en el campo, dentro del bosque, de modo que

más fácilmente en cualquier momento podía gratificar su horrible inclinación. Unos días después ella se sintió atraída por el malvado instinto, y le dijo al cocinero jefe:

"Yo quiero comer a la pequeña Amanecer para mi cena de mañana."

"¡Oh! ¡Señora!"- gritó el cocinero jefe.

"¡Así tendrá que ser!"- replicó la reina (y lo decía con la entonación de una ogresa que tiene un gran deseo de comer carne fresca), -"y la comeré con una salsa dulce."

El pobre hombre, que sabía muy bien que no debía hacerle trucos a la ogresa, tomó su gran cuchillo y fue a la habitación de la pequeña Amanecer. Ella tenía cerca de cuatro años, y llegó donde él saltando y sonriendo, puso sus brazos alrededor de su cuello, y le pidió que le diera alguna golosina. Por todo eso, él empezó a llorar y el gran cuchillo cayó al suelo. Entonces fue un poco más lejos y mató a un pequeño cordero, lo adobó con tan buena salsa que su patrona dijo que nunca había comido algo tan bueno en su vida. Al mismo tiempo él tomó a la pequeña Amanecer y se la llevó a su esposa, para esconderla en su habitación al final del patio.

Ocho días después la malvada reina dijo de nuevo al cocinero jefe:

"¡Quiero cenar al pequeño Día!"-

Él no contestó una palabra, resuelto a burlar a la ogresa como lo hizo anteriormente. Fue a buscar a Día, y lo encontró con una hoja en su mano, con la cual jugaba con un gran mono. El niño tenía solamente tres años de edad. El cocinero lo tomó en sus brazos y se lo llevó a su esposa quien debería esconderlo en su recámara junto con su hermana, y en lugar del pequeño Día, él le sirvió a la reina madre un joven y tierno cabrito, que la ogresa encontró maravillosamente bueno.

Todo había transcurrido muy bien hasta ahora, pero una tarde la malvada reina llamó otra vez al cocinero jefe diciéndole:

"Quiero ahora comer a la joven reina con la misma salsa que a sus niños."

Ahora el pobre cocinero jefe estaba desesperado, y no se imaginaba como engañarla de nuevo. La joven reina tenía cerca de veinte años, no contando los

cien que estuvo dormida, y cómo haría para encontrar algo que pudiera tomar su lugar, lo tenía muy desconcertado.

Entonces, para salvar su propia vida, él decidió cortar el cuello de la joven reina, y yendo a su aposento con la intención de hacerlo inmediatamente, se armó del mayor ánimo que pudo, y entró al cuarto de la joven reina con su daga en la mano. Él, sin embargo, no la engañaría, y le dijo, con el mayor de los respetos, las órdenes que había recibido de la reina madre.

"Hazlo pues, hazlo."- dijo ella, mostrándole su cuello. -"Ejecuta tus órdenes, así me iré y podré ver a mis hijos, mis pobres hijos, a quienes amé tanto y con tanta ternura."- pues los creía muertos, y no sabía que los habían escondido sin su conocimiento.

"¡No, no, señora!"- gritó el pobre cocinero jefe, lleno de lágrimas. -" Su señoría no morirá, y podrá ver a sus niños de nuevo inmediatamente. Pero debe venir a mi casa, donde los tengo escondidos, y yo engañaré a la reina una vez más, dándole una joven cierva en su lugar."-

Dicho esto, él la llevó hasta su habitación, donde dejándola que abrazara a sus niños y llorara con ellos, fue a conseguir la cierva y la aderezó, que fue lo que tuvo por cena la reina madre, quien la devoró con tanto apetito pensando que había sido la joven reina. Ahora ella se sentía bien satisfecha con sus crueles inclinaciones, e inventó una historia para contarle al rey cuando volviera, de cómo la joven reina y sus dos niños habían sido devorados por lobos salvajes.

Una tarde, como era su costumbre, cuando ella deambulaba por los patios y jardines del palacio para ver si olfateaba alguna carne fresca, oyó, en una habitación de la planta baja, al pequeño Día llorando, porque su mamá lo estaba castigando por haberse portado mal, y también oyó al mismo tiempo, a la pequeña Amanecer intercediendo por su hermanito.

La ogresa conocía la voz de la joven reina y de sus niños, y poniéndose furiosa de haber sido engañada, dio órdenes (con la voz más horrible que hacía temblar a cualquiera) para que, al levantar el siguiente día, le trajeran una enorme pila llena de sapos, serpientes, escorpiones, y toda clase de animales venenosos y ponzoñosos, y meter en ella a la reina madre con sus niños, y al cocinero jefe, su esposa y criada, y todos tirados allí con sus manos atadas en la espalda.

Todo fue preparado en concordancia, y los verdugos estaban listos para tirarlos a todos dentro de la pila, cuando inesperadamente entró el rey en su caballo y preguntó, con el mayor de los asombros el significado de aquel horrible espectáculo.

Nadie se atrevía a contarle, cuando de pronto, la ogresa, toda enfurecida por lo que estaba sucediendo, se tiró ella misma de cabeza dentro de la pila, y fue devorada por todas las horribles creaturas que ella misma había seleccionado para que mataran a los otros.

El rey, por supuesto, quedó muy triste, pues al fin era su madre, pero pronto se reconfortó con la compañía de su bella esposa y preciosos hijos.

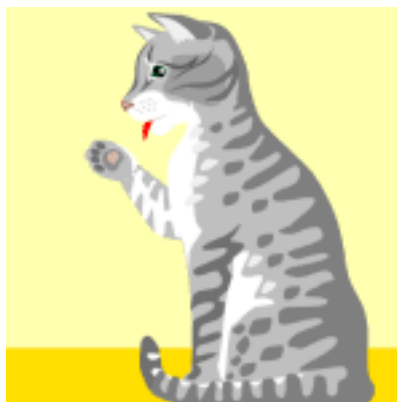
Enseñanza:

El mal y el error pueden estar en donde menos se espera. Se debe estar siempre alerta.



Comentario:

Cuando malos gobernantes aíslan a su pueblo del resto del mundo, lo que en realidad hacen es retrocederlos en el tiempo, pareciéndole a los demás que se han quedado dormidos por todo el tiempo del aislamiento.



05-El Gato con Botas

Había una vez un molinero cuya única herencia para sus tres hijos eran su molino, su asno y su gato. Pronto se hizo la repartición sin necesitar de un clérigo ni de un abogado, pues ya habían consumido todo el pobre patrimonio. Al mayor le tocó el molino, al segundo el asno, y al menor el gato que quedaba.

El pobre joven amigo estaba bien inconforme por haber recibido tan poquito.

- "Mis hermanos"- dijo él, - "pueden hacer una bonita vida juntando sus bienes, pero por mi parte, después de haberme comido al gato, y hacer unas sandalias con su piel, entonces no me quedará más que morir de hambre."-

El gato, que oyó todo eso, pero no lo tomaba así, le dijo en un tono firme y serio:

- "No te preocupes tanto, mi buen amo. Si me das un bolso, y me tienes un par de botas para mí, con las que yo pueda atravesar lodos y zarzales, entonces verás que no eres tan pobre conmigo como te lo imaginas."-

El amo del gato no le dio mucha posibilidad a lo que le decía. Sin embargo, a menudo lo había visto haciendo ingeniosos trucos para atrapar ratas y ratones, tal como colgarse por los talones, o escondiéndose dentro de los alimentos y fingiendo estar muerto. Así que tomó algo de esperanza de que él le podría ayudar a paliar su miserable situación.

Después de recibir lo solicitado, el gato se puso sus botas galantemente, y amarró el bolso alrededor de su cuello. Se dirigió a un lugar donde abundaban los conejos, puso en el bolso un poco de cereal y de verduras, y tomó los cordones de cierre con sus patas delanteras, y se tiró en el suelo como si

estuviera muerto. Entonces esperó que algunos conejitos, de esos que aún no saben de los engaños del mundo, llegaran a mirar dentro del bolso.

Apenas recién se había echado cuando obtuvo lo que quería. Un atolondrado e ingenuo conejo saltó a la bolsa, y el astuto gato, jaló inmediatamente los cordones cerrando la bolsa y capturando al conejo.

Orgullosa de su presa, fue al palacio del rey, y pidió hablar con su majestad. Él fue llevado arriba, a los apartamentos del rey, y haciendo una pequeña reverencia, le dijo:

- "Majestad, le traigo a usted un conejo enviado por mi noble señor, el Marqués de Carabás. (Porque ese era el título con el que el gato se complacía en darle a su amo)."-

- "Dile a tu amo"- dijo el rey, - "que se lo agradezco mucho, y que estoy muy complacido con su regalo."-

En otra ocasión fue a un campo de granos. De nuevo cargó de granos su bolso y lo mantuvo abierto hasta que un grupo de perdices ingresaron, jaló las cuerdas y las capturó. Se presentó con ellas al rey, como había hecho antes con el conejo y se las ofreció. El rey, de igual manera recibió las perdices con gran placer y le dio una propina.

El gato continuó, de tiempo en tiempo, durante unos tres meses, llevándole presas a su majestad en nombre de su amo. Un día, en que él supo con certeza que el rey recorrería la rivera del río con su hija, la más encantadora princesa del mundo, le dijo a su amo:

- "Si sigues mi consejo, tu fortuna está lista. Todo lo que debes hacer es ir al río a bañarte en el lugar que te enseñaré, y déjame el resto a mí."-

El Marqués de Carabás hizo lo que el gato le aconsejó, aunque sin saber por qué. Mientras él se estaba bañando pasó el rey por ahí, y el gato empezó a gritar:

- "¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Mi señor, el Marqués de Carabás se está ahogando!"-

Con todo ese ruido el rey asomó su oído fuera de la ventana del coche, y viendo que era el mismo gato que a menudo le traía tan buenas presas, ordenó a sus guardias correr inmediatamente a darle asistencia a su señor el Marqués

de Carabás. Mientras los guardias sacaban al Marqués fuera del río, el gato se acercó al coche y le dijo al rey que, mientras su amo se bañaba, algunos rufianes llegaron y le robaron sus vestidos, a pesar de que gritó varias veces tan alto como pudo:

- "¡Ladrones! ¡Ladrones!" -

En realidad, el astuto gato había escondido los vestidos bajo una gran piedra.

El rey inmediatamente ordenó a los oficiales de su ropero correr y traer uno de sus mejores vestidos para el Marqués de Carabás. El rey entonces lo recibió muy cortésmente. Y ya que los vestidos del rey le daban una apariencia muy atractiva (además de que era apuesto y bien proporcionado), la hija del rey tomó una secreta inclinación sentimental hacia él.

El Marqués de Carabás sólo tuvo que dar dos o tres respetuosas y algo tiernas miradas a ella para que ésta se sintiera fuertemente enamorada de él. El rey le pidió que entrara al coche y los acompañara en su recorrido.

El gato, sumamente complacido del éxito que iba alcanzando su proyecto, corrió adelantándose. Reunió a algunos lugareños que estaban preparando un terreno y les dijo:

- "Mis buenos amigos, si ustedes no le dicen al rey que los terrenos que ustedes están trabajando pertenecen al Marqués de Carabás, los harán en picadillo de carne." -

Cuando pasó el rey, éste no tardó en preguntar a los trabajadores de quién eran esos terrenos que estaban limpiando.

- "Son de mi señor, el Marqués de Carabás." - contestaron todos a la vez, pues las amenazas del gato los habían amedrentado.

- "Puede ver señor" - dijo el Marqués, - "estos son terrenos que nunca fallan en dar una excelente cosecha cada año." -

El hábil gato, siempre corriendo adelante del coche, reunió a algunos segadores y les dijo:

- "Mis buenos amigos, si ustedes no le dicen al rey que todos estos granos pertenecen al Marqués de Carabás, los harán en picadillo de carne." -

El rey, que pasó momentos después, les preguntó a quien pertenecían los granos que estaban segando.

"Pertenece a mi señor, el Marqués de Carabás."- replicaron los segadores, lo que complació al rey y al marqués.

El rey lo felicitó por tan buena cosecha. El fiel gato siguió corriendo adelante y decía lo mismo a todos los que encontraba y reunía. El rey estaba asombrado de las extensas propiedades del señor Marqués de Carabás. Por fin el astuto gato llegó a un majestuoso castillo, cuyo dueño y señor era un ogro, el más rico que se hubiera conocido entonces. Todas las tierras por las que había pasado el rey anteriormente, pertenecían en realidad a este castillo. El gato que con anterioridad se había preparado en saber quien era ese ogro y lo que podía hacer, pidió hablar con él, diciendo que era imposible pasar tan cerca de su castillo y no tener el honor de darle sus respetos.

El ogro lo recibió tan cortésmente como podría hacerlo un ogro, y lo invitó a sentarse.

"Yo he oído"- dijo el gato, "-que eres capaz de cambiarte a la forma de cualquier creatura en la que pienses. Que tú puedes, por ejemplo, convertirte en león, elefante, u otro similar."

"Es cierto"- contestó el ogro muy contento, "-Y para que te convenzas, me haré un león."

El gato se aterrorizó tanto por ver al león tan cerca de él, que saltó hasta el techo, lo que lo puso en más dificultad pues las botas no le ayudaban para caminar sobre el tejado. Sin embargo, el ogro volvió a su forma natural, y el gato bajó, diciéndole que ciertamente estuvo muy asustado.

"También he oído"- dijo el gato, "-que te puedes transformar en los animales más pequeñitos, como una rata o un ratón. Pero eso me cuesta creerlo. Debo admitirte que yo pienso que realmente eso es imposible."

"¿Imposible?"- gritó el ogro, "-¡Ya lo verás!"-

Inmediatamente se transformó en un pequeño ratón y comenzó a correr por el piso. En cuanto el gato vio aquello, lo atrapó y se lo tragó.

Mientras tanto llegó el rey, y al pasar vio el hermoso castillo y decidió entrar en él. El gato, que oyó el ruido del coche acercándose y pasando el puente, corrió y le dijo al rey:

- "Su majestad es bienvenido a este castillo de mi señor el Marqués de Carabás." -

- "¿Qué? ¡Mi señor Marqués!" exclamó el rey, - "¿Y este castillo también te pertenece? No he conocido nada más fino que esta corte y todos los edificios y propiedades que lo rodean. Entremos, si no te importa." -

El marqués brindó su mano a la princesa para ayudarle a bajar, y siguieron al rey, quien iba adelante. Ingresaron a una espaciosa sala, donde estaba lista una magnífica fiesta, que el ogro había preparado para sus amistades, que llegaban exactamente ese mismo día, pero no se atrevían a entrar al saber que el rey estaba allí.

Su majestad estaba perfectamente encantado con las buenísimas cualidades de mi señor el Marqués de Carabás, y observando que su hija se había enamorado violentamente de él, y después de haber visto sus grandes posesiones, y además de haber bebido ya cinco o seis vasos de vino, le dijo:

- "Será solamente tu culpa, mi señor Marqués de Carabás, si no llegas a ser mi yerno." -

El marqués, haciendo varias pequeñas reverencia, aceptó el honor que Su Majestad le estaba confiriendo, y enseguida, ese mismo día se casó con la princesa. El gato llegó a ser un gran señor, y ya no tuvo que correr tras los ratones, excepto para entretenerse.

Enseñanza:

Recibir una valiosa herencia puede ser de alguna ayuda, pero aún más valiosos son la inteligencia y el ingenio que no se heredan de nadie.



Comentario:

Un antiguo refrán decía: “El hábito no hace al monje”. Pero otro posterior le agregó: “El hábito no hace al monje, pero qué bien aparenta serlo.”

Es importante notar como en todos los ámbitos de la vida diaria, familiar, social, comercial, política, financiera, etc., la apariencia juega un papel muy predominante, algunas veces para bien, otras para mal. La mayoría de las veces nos dejamos impresionar y creemos lo que primero vemos, sin llevar a cabo ni siquiera una mínima investigación para corroborar lo que creemos estar viendo.

De ahí salen miles de robos y estafas, basados en la buena fe de las víctimas, que simplemente creen lo que les presentan para ver.

Siempre debe tenerse la precaución de investigar lo que se nos ofrece, y no guiarse por su simple apariencia.



06-Barba Azul

Hace mucho tiempo hubo un hombre que tenía preciosas casas, tanto en la ciudad como en el campo, cubiertos de oro y plata, muebles labrados, y sus coches todos dorados. Pero desgraciadamente este hombre tenía la barba azul, lo que lo hacía verse tan espantoso y tan terrible, que toda mujer, joven o adulta, corría alejándose de él.

Una de sus vecinas, una dama de gran calidad, tenía dos hijas que eran perfectas bellezas. Él le pidió a una de ellas por esposa, dejando que ella decidiera a cual le encomendaría. Ninguna de ellas quería aceptarlo, y lo mandaban de aquí para allá, de una a la otra, ninguna capaz de adaptar su mente a estar casada con un hombre que tiene una barba azul. Otra cosa que las hacía rechazarlo fue que él ya se había casado siete veces, y nadie sabía que había sucedido con sus anteriores esposas.

Barba Azul, para ser mejor apreciado, las invitó, junto con su madre y tres o cuatro de sus mejores amigas, y alguna gente de la vecindad, a pasar una semana entera en uno de sus sitios campestres.

Allí, no había otra cosa más que bellas fiestas de placer, cacería, pesca, danza, y alegría en toda actividad. Nadie se acostaba temprano, y pasaban la noche probando como verse mejor. En resumen, todo tenía tanto éxito que la más joven de las hijas, subyugada por tanta riqueza, comenzó a pensar que la barba del dueño de la casa no era tan azul, y que él era un hombre muy caballeroso. Así que cuando regresaron a casa, se efectuó la boda.

Como un mes después Barba Azul le dijo a su esposa que se sentía obligado a hacer un viaje por el país de por lo menos seis semanas, ya que eran negocios

de gran importancia. Él le deseó que se divirtiera bien durante su ausencia, llamara a sus amigas, fueran de nuevo al campo si lo quisiera, y que viviera bien dondequiera que ella se encontrara.

- "Aquí"- dijo él, - "están las llaves de las dos grandes bodegas donde tengo mis mejores valores: éstas son del cuarto donde guardo mis platos de oro y plata, que no uso a diario; éstas abren mis cajas de seguridad, que contienen mi fortuna, tanto de oro como de plata; éstas son de mis cofres de joyas; y ésta es la llave maestra de todos mis apartamentos. Pero esta llave pequeña, es la llave del cuarto que está al final de la galería, en el segundo piso. Puedes usar todas y abrir cuanto quieras, pero en cuanto a la pequeña del cuarto al final, te prohíbo rotundamente que la uses, y te prometo con todo rigor, que si la usas y lo abres, no hay nada que no puedas esperar de mi enojo.

Ella prometió obedecer exactamente todas sus órdenes, y él, después de abrazarla, montó en su coche iniciando su viaje.

Sus vecinas y buenas amigas no esperaron a que la recién casada joven las llamara para ir a visitarla, pues muy grande era su impaciencia por ver todas las riquezas de la casa, a la que no se atrevían a ir mientras su esposo estuviera allí, pues su barba azul las atemorizaba.

Sin perder tiempo ellas revisaron todos los cuartos, gabinetes, armarios, mesas, muebles, que eran todos tan finos y ricos, que cada uno parecía sobrepasar a los otros. Luego pasaron a las bodegas, donde estaban los mejores y más ricos muebles, y no dejaban de admirar suficientemente las alfombras, camas, tapicería, mesas y sillas, y grandes espejos para verse de cuerpo entero. Algunos de estos espejos tenían marcos de cristal, otros de plata o de oro, lo más bello y magnífico nunca visto.

Ellas no cesaban de alabar y envidiar la felicidad de su amiga, quien mientras tanto, no estaba tan interesada en mirar todas esas ricas cosas, sino que estaba toda impaciente en ir y abrir el último cuarto en el segundo piso, el prohibido. Su curiosidad aumentaba rápidamente, y sin considerar lo incorrecto que era dejar abandonadas a sus amistades, corría por las escaleras tan excitada que dos o tres veces tropezó a punto de romperse algún hueso, hasta que llegó a la habitación. Al frente de la puerta se quedó quieta por unos momentos, meditando sobre la orden que le había dado su esposo, y pensando en la infelicidad que le traería como consecuencia su desobediencia, pero la tentación era tan enorme que no pudo desecharla. Entonces tomó la pequeña llave y abrió la puerta, toda temblorosa. Al principio no veía nada pues las

cortinas estaban cerradas. A los pocos segundos comenzó a percibir la presencia de siete cuerpos de mujer muertas, repartidas en el piso. (Esas eran las esposas anteriores de Barba Azul, con quienes se había casado, y luego asesinado a causa de su desobediencia a sus órdenes de no abrir el cuarto prohibido.) Ella pensó que seguramente moriría de pánico, y la llave, que había quitado de la cerradura, cayó de sus manos.

Una vez recuperada del golpe emocional, recogió la llave, cerró la puerta y regresó a su habitación a arreglarse, pero no sentía alivio, pues estaba aterrorizada.

Habiendo observado que la pequeña llave se había manchado, ella trató varias veces de limpiarla, pero la mancha no se iba. En vano la lavó, e incluso la restregó con jabón y arena. La mancha permanecía, ya que era una llave mágica que jamás podría limpiar. Cuando la mancha se quitaba de un lado, volvía por otro.

Barba Azul retornó de su jira esa misma tarde, y dijo que había recibido un mensaje en el camino de que el negocio que iba a tratar, había concluido a su favor anticipadamente. Su esposa hizo todo lo que pudo para convencerlo de que esta muy feliz con su pronto retorno.

A la mañana siguiente le pidió a ella las llaves, quien se las dio, pero con una mano tan temblorosa que a él no le quedó duda de qué había pasado.

- "¿Cómo es que la llavecita de mi cuarto al fondo, no está entre todas estas?" - preguntó.

- "Seguramente" - dijo ella, - "la dejé arriba sobre la mesa." -

- "No falles" - dijo Barba Azul, - "en traérmela efectivamente." -

Después de varios intentos por evadir el asunto, ella se vio forzada a entregarle la llave. Barba Azul, habiéndola examinado, le dijo:

- "¿Cómo llegó esta mancha a la llave?" -

- "No lo sé." - respondió la pobre mujer, más pálida que un papel.

- "¡Que no lo sabes!"- replicó Barba Azul. - "Yo lo sé muy bien. Deseaste entrar al cuarto prohibido. Muy bien señora, vas a entrar allí también, y tomar tu lugar entre las damas que ya viste."-

Ella se lanzó llorando a los pies de su esposo, y le rogó la perdonara, con todos los signos de un verdadero arrepentimiento por su desobediencia. Ella podría haber derretido hasta una roca, tan tierna y tan triste que estaba, pero Barba Azul tenía un corazón mucho más duro que una roca.

- "Tendrás que morir, señora"- dijo él, - "y ya de una vez."-

- "Ya que debo morir"- contestó ella, mirándolo con sus ojos todos inundados de lágrimas, - "dame un poco de tiempo para decir mis oraciones."-

- "Te daré un cuarto de hora, pero ni un momento más."- replicó Barba Azul.

En cuanto estuvo sola, llamó a su hermana, y le dijo:

- "Hermana Ana"- cual era su nombre, - "ve arriba, te lo imploro, a la cumbre de la torre, y mira si nuestros hermanos vienen. Ellos prometieron que hoy vendrían, y si los ves dales una señal de que se apresuren."-

Su hermana Ana subió a la torre, y la pobre afligida esposa de vez en cuando gritaba:

- "Hermana Ana, ¿ves a alguien llegando?"-

Y la hermana Ana contestaba:

- "No veo nada más que el sol, algo de polvo, y los verdes pastos."-

Mientras tanto Barba Azul, sosteniendo un gran sable en sus manos, le gritaba a su esposa, tan alto como podía:

- "¡Baja inmediatamente, o yo iré allá por tí!"-

- "Sólo un momento más, por favor."- decía su esposa, y entonces gritaba suavemente - "Ana, hermana Ana, ¿ves a alguien llegando?"-

Y la hermana Ana respondía:

- "No veo nada más que el sol, algo de polvo, y los verdes pastos."-

- "¡Baja rápido!"- gritaba Barba Azul, - "¡o yo iré allá por ti!"-

- "¡Ahí voy"- contestaba ella, y de nuevo gritaba:

- "Hermana Ana, ¿ves a alguien llegando?"-

- "Ahora veo"- replicó Ana, - "una gran polvareda, que viene de este lado."-

- "¿Serán nuestros hermanos?"-

- "¡Oh, no, hermana!, es una manada de ovejas"-

- "¿No vas a bajar?"- gritaba Barba Azul.

- "Sólo un momento."contestaba su esposa. - "Hermana Ana, ¿ves a alguien llegando?"- gritaba por otro lado.

- "Yo veo"- dijo la hermana, - "dos hombres a caballo, pero un poco distantes."-

- "Bendito sea Dios"- replicaba la pobre esposa y con mucho gozo, - "son nuestros hermanos. Les haré una señal lo mejor que pueda para que se apuren."-

Entonces Barba Azul vociferó tan tremendamente que hizo temblar a todo el edificio. La sentenciada esposa bajó y se postró a sus pies, toda en lágrimas, con su cabello sobre sus hombros.

- "Nada de eso te ayudará"- dijo Barba Azul, - "debes morir."-

Entonces, levantándola por el cabello con una mano, y elevando su espada en el aire con la otra mano, estaba ya a punto de cortarle la cabeza. La pobre dama, volviéndose hacia él, y mirándolo con lastimosos ojos, le pidió le concediera unos pequeños instantes para sus pensamientos.

- "¡No, no!"- dijo él, - "encomiéndate ya a Dios."- y de nuevo levantó su brazo.

En ese momento se escuchó tan gran escándalo y golpeteo en la puerta principal, por lo que Barba Azul paró de inmediato. La puerta fue abierta, y bruscamente entraron dos jinetes, quienes, espada en mano, se dirigieron directamente a Barba Azul. El reconoció que eran los hermanos de su esposa, uno un soldado de caballería, y el otro un mosquetero. Él quiso huir rápidamente, pero los hermanos lo seguían tan cerca que lo alcanzaron antes

de que llegara al portal. Ellos blandieron sus espadas contra su cuerpo, y lo dejaron muerto. La pobre esposa estaba casi tan muerta como su esposo, y no tenía fuerzas suficientes para levantarse y dar la bienvenida a sus hermanos.

Barba Azul no tenía herederos, así que su esposa pasó a ser la poseedora de todos sus bienes. Ella usó una parte para ayudar en la boda de su hermana con un joven caballero que la amaba desde hace un largo tiempo, otra parte para ayudar a sus hermanos en sus carreras militares, y el resto para su propia boda con un noble y gentil caballero, quien la hizo olvidar el horrible pasado con Barba Azul.

Enseñanza:

El machismo y la violencia doméstica contra las esposas, debe ser denunciado inmediatamente ante la justicia, para que el responsable sea juzgado y condenado como se merece.



Comentario:

Es triste reconocer que aún en pleno siglo 21, la prepotencia y el irrespeto hacia las esposas o compañeras de parte de muchos llamados hombres (pero que solamente son machos, en realidad no son hombres), es “pan de cada día”. Aunque existen muchas leyes que tratan de proteger a las mujeres en general, la realidad es que la corrección a este mal comportamiento solamente se puede obtener por medio de una adecuada educación a los niños desde que están en las guarderías, kinder, escuelas, y luego en colegios y universidades, enseñándoles que el respeto al bienestar de sus compañeras es también su propio bienestar.



07-Ricardo del Copete

Había una vez una reina que tuvo un hijo tan horrible y tan deforme, que se discutía sobre si en realidad tenía cuerpo humano. Un hada que asistió a su nacimiento, dijo, sin embargo, que él sabría sobreponerse a todo eso, ya que tendría mucha inteligencia, fuera de lo común. Ella además agregó que él tendría en sus manos un gran poder, en virtud de un regalo que le acababa de dar, de otorgarle tanta inteligencia como le fuera posible a quien él mejor llegara a amar. Todo esto confortaba a la pobre reina. Es cierto que en cuanto este niño aprendió a hablar, decía miles de cosas preciosas, y que en todos sus actos había una inteligencia desbordante. Me olvidaba de contarles que él nació con un pequeño copete de cabello sobre su cabeza, que hizo que le llamaran "Ricardo del Copete", ya que Ricardo era el nombre familiar.

Siete u ocho años más tarde, la reina de un reinado vecino tuvo dos hijas gemelas. La primera de ellas en nacer era más bella que el día, y como la reina se encontraba tan sumamente complacida, los que estaban presentes temían que aquel exceso de dicha pudiera más bien serle dañino.

La misma hada que había estado presente en el nacimiento de Ricardo del Copete, también estaba aquí, y para moderar el entusiasmo de la reina, declaró que esta pequeña princesita, no tendría mayor inteligencia, y sería tan ingenua como bella que era. Esto mortificó a la reina en extremo, pero fue aún mayor su tristeza cuando vio que la segunda niña era muy fea.

- "No se aflija demasiado, señora"- dijo el hada, - "su segunda niña tendrá su recompensa. Ella tendrá tanta inteligencia, que su falta de belleza pasará desapercibida."-

- "Que Dios así lo conceda."- replicó la reina, - "Pero ¿no habrá manera de que la mayor, que es tan linda, tenga algo de inteligencia?"-

- "En cuanto a inteligencia, yo no puedo hacer nada por ella, señora"- contestó el hada, - "pero en cuanto a belleza, no la dejaré a usted sin alguna satisfacción. Yo le regalaré a ella el don de hacer bella a la persona que mejor le plazca a ella."-

A medida que las princesas crecían, sus perfecciones también lo hacían. Todas las conversaciones del pueblo eran sobre la belleza de la mayor, y la poco común grandiosa inteligencia de la menor. Es cierto que también sus defectos crecieron considerablemente junto con ellas. La menor era cada vez más horrible, y la mayor era cada día más ingenua: ya fuera que no supiera contestar a lo que se le preguntara, o que decía cualquier tontería. Y se había hecho tan inútil con sus movimientos, que ni siquiera podía poner la vajilla sobre el mantel, quebrando a menudo las piezas. Y si trataba de tomar un vaso de agua, regaba la mitad sobre su ropa.

Aunque la belleza era una gran ventaja entre la gente joven, la menor era siempre la preferida entre la sociedad. La gente, por supuesto, iba primero a admirar la belleza de la mayor, pero rápidamente pasaba donde la menor a escuchar las maravillosas y entretenidas conversaciones que sostenía. Y era sorprendente ver como, en menos de un cuarto de hora, la mayor se quedaba sin un alma que la acompañara, mientras que con la menor se formaba un gran tumulto de personas a su alrededor.

La mayor, aunque tontita como era, no fallaba en notar esta diferencia, y sin la menor queja, pensaba que bien cambiaría toda su belleza por tener siquiera la mitad de la inteligencia de su hermana. La reina, prudente como era, no podía a veces reprimirse de llamarle la atención por sus descuidos, lo que casi mataba a la pobre princesa de pesadumbre.

Un día, en que la mayor se había escondido en un bosque para paliar su mala fortuna, vio venir hacia ella un joven muy desagradable de apariencia, pero magníficamente vestido. Este era Ricardo del Copete, quien habiéndose enamorado de ella al verla en una pintura -que habían sido distribuidas por todo el mundo-, había dejado su reino para tener el placer de conocerla personalmente y conversar con ella. Sumamente complacido de haberla encontrado sola, él se presentó con toda la amabilidad y el respeto imaginables. Habiendo observado que después de haberle hecho todos los cumplimientos acostumbrados, ella se mostraba toda melancólica, le dijo:

- "No puedo comprender, señora, cómo una persona tan bella como tú pueda estar tan triste como aparenta. Porque yo, que puedo asegurar de haber visto un gran número de damas lindamente presentadas, puedo decir con firmeza, que nunca vi una dama que siquiera se aproximara a tu belleza." -

- "Te agrada decir eso" - replicó la princesa, y no dijo nada más.

- "Belleza"- dijo Ricardo del Copete, - "es de tan gran ventaja, ya que todas las demás cosas pueden quedar a un lado, y desde que tú posees este tesoro, no veo que haya nada que pueda causarte aflicción."-

- "Es muchísimo mejor"- contestó ella, - "ser tan horroroso como tú eres, pero tener inteligencia, que tener la belleza que poseo, pero siendo a la vez tan ingenua como soy."-

- "No hay nada"- le dijo él, - "que muestre mayor inteligencia que creer que no tenemos ninguna, y es la naturaleza de esa excelente cualidad que la mayoría de la gente tiene, que los hace creer que es lo que más les está haciendo falta."-

- "Yo no sé eso"- dijo la princesa, - "pero sí sé muy bien que no soy inteligente, y eso me amarga profundamente."-

- "Si eso es todo lo que te afecta, señora, yo puedo fácilmente poner fin a tu aflicción."-

- "¿Y cómo harías eso?"- preguntó la princesa.

- "Yo tengo el poder, señora"- replicó Ricardo del Copete, - "de darle a la persona que más amo, tanta inteligencia como pueda desear, y como tú, señora, eres esa persona, sería solamente tu falta si no quisieras compartirla con alguien, aceptando que te gustaría casarte conmigo."-

La princesa se sintió confundida y no respondió ni una palabra.

- "Ya veo"- replicó Ricardo del Copete, - "que mi propuesta no te complace, y no me extraña, pero te daré todo un año para que la consideres."-

La princesa tenía tan poquita inteligencia, y al mismo tiempo, un intenso deseo de tener alguna, que ella imaginaba que el final de ese año jamás llegaría, así que aceptó la propuesta que le fue hecha.

No más le había prometido a Ricardo del Copete que se casaría con él en ese día dentro de doce meses, cuando se encontró totalmente diferente a como había sido hasta ahora: tenía una increíble facultad de conversar sobre cualquier cosa que tuviera en su mente en una forma amable, fácil y natural.

Y en ese momento ella comenzó una galante conversación con Ricardo del Copete, la cual ella mantuvo en tan alto nivel, que Ricardo del Copete creyó que le había dado mucha más inteligencia que la que había reservado para sí mismo.

Cuando ella regresó a su palacio, toda la corte no sabía que pensar del tan sorpresivo y extraordinario cambio, pues escuchaban de ella ahora una mucho más sensible y erudita forma de hablar, con frases llenas de sabiduría, comparadas con las ingenuidades y sin sentidos que anteriormente expresaba. Toda la corte se alegró mucho más de lo que uno podría imaginarse. Todos estaban encantados, excepto su hermana, porque al no tener la ventaja sobre ella con respecto a la sabiduría, ahora ella se sentía en una posición inferior, pero sin guardarle ningún rencor por ello.

El rey siguió gobernando siguiendo sus consejos, e incluso muchas veces realizaba las reuniones con sus ministros en su apartamento. Las noticias sobre este cambio en la princesa se extendieron por todos lados. Los príncipes de los reinos vecinos hacían todo lo que podían para ganar su favor, y casi todos la pedían en matrimonio, pero ella no encontraba a ninguno con suficiente sabiduría para ella. A todos les daba audiencia, pero ninguno la convencía.

Sin embargo, un día llegó uno tan poderoso, tan sabio, y tan apuesto, que no podía negar sentir una fuerte atracción hacia él. Su padre lo notó, y le dijo que era voluntad de ella el escoger un marido, y que debía de aclarar sus intenciones. Ella le agradeció a su padre, y le pidió le diera tiempo para analizar la situación.

Por casualidad, ella salió a caminar por el bosque por donde conoció a Ricardo del Copete, pues buscaba el lugar más conveniente para pensar sobre qué decisión tomar. Mientras caminaba en profunda meditación, escuchó un confuso ruido a su alrededor, como si mucha gente corriera muy apresurada para atrás y para adelante. Y poniendo más atención, oyó a alguien que decía:

- "Dame esa olla" -, otro - "dame la cafetera" -, y un tercero - "pon leña para el fuego" -

Al mismo tiempo el bosque se abrió, y vio ante sus ojos una gran cocina llena de cocineros, ayudantes, y toda clase de oficiales necesarios para una gran fiesta. Entonces salió un grupo de cocineros, como unos veinte o treinta, que arreglaron una gran mesa en el bosque, quienes tenían en sus manos pines para

carnes, y colas de zorro en sus sombreros, y comenzaron a trabajar, cantando armoniosamente una linda tonada.

La princesa, totalmente confundida por todo lo que veía, le preguntó a ellos para quien trabajaban.

- "Para el príncipe Ricardo del Copete"- dijo el jefe de ellos, - "quien se casará mañana."-

La princesa, más sorprendida que nunca, y recapacitando de pronto que hoy era el día de los doce meses en que le había prometido al príncipe su matrimonio, sólo deseaba que se la tragara la tierra.

La razón por la que ella olvidara eso, es que cuando hizo la promesa, ella era muy ignorante, y habiendo obtenido la gran sabiduría que el príncipe le otorgó, había por completo olvidado todas las cosas que hizo cuando era ingenua. Ella entonces continuó su caminata, pero no había caminado unos treinta pasos, cuando se encontró con Ricardo del Copete, todo galante y magníficamente vestido, como debía ser para un príncipe que iba a su boda.

- "Ya ves, señora"- dijo él, - "que yo estoy cumpliendo a cabalidad mi palabra, y no dudo en lo más mínimo que has venido aquí para cumplir también tu promesa."-

- "Francamente te confieso"- contestó la princesa, - "que aún no he llegado a ninguna decisión en este asunto, y creo que nunca estaré en condición de llegar a una como es tu deseo."-

- "Me asombras, señora."- dijo Ricardo del Copete.

- "Bien te lo creo"- dijo ella, - "y con seguridad, si tuviera que hacerlo con un payaso, o con un hombre sin inteligencia, yo me sentiría mucho más perdida. 'Una princesa debe siempre mantener su palabra', me dirían sin ninguna duda, 'y debes casarte conmigo porque así me lo prometiste'. Pero como con quien estoy conversando es el hombre que en todo el mundo es el maestro de la sabiduría y el de mayor inteligencia, estoy segura que oírás mis razones. Bien sabes que cuando yo era tonta, difícilmente podía comprender qué significaba casarme contigo. ¿Por qué me habrías de pedir, ahora que tengo toda la capacidad de juicio que me diste, llegar a una decisión que entonces no estaba en condición de tomar en mi mente? Si sinceramente piensas hacerme tu

esposa, sería un grave error de tu parte, no librarme de mi simplicidad, y hacerme ver las cosas con mayor claridad que con la que yo las veo."-

"Si un hombre sin sabiduría ni inteligencia"- replicó Ricardo del Copete, -"fuera bien recibido, como tú dices, en cumplimiento de tu palabra, ¿por qué no me permites, señora, tener el mismo trato en un asunto del que depende toda la felicidad de mi vida futura? ¿Es razonable que personas que tienen sabiduría e inteligencia estén en peores condiciones que aquellas que no las tienen? ¿Cómo podrías hacer eso, tú que las posees, y que tanto deseaste llegar a tenerlas? Pero vamos al grano, si me permites. Dejando de lado mi deformidad y fealdad, ¿hay alguna otra cosa que te disguste de mí? ¿Te disgusta mi posición social, mi sabiduría, mi humor, o mis modales?"

"De ninguna manera"- contestó la princesa, -"Te amo y respeto en todo lo que mencionas."-

"Si en efecto así es"- dijo Ricardo del Copete, -"quedo muy feliz, pues tienes el poder de convertirme en el más apuesto de los hombres."-

"¿Y cómo puede ser eso?"- dijo la princesa.

"Está hecho"- dijo él, -"si me amas lo suficiente para desear que así sea, y no dudas en lo más mínimo, señora, de lo que estoy diciendo, debes de saber que la misma hada que en mi nacimiento me dio el poder de darle a la persona que más amara total sabiduría y entendimiento, de igual forma te dio a ti el poder de hacer de quien más amaras, el hombre más apuesto de la tierra.

"Si es así"- dijo ella, -"deseo con todo mi corazón, que tú seas el más adorable príncipe del mundo, y te otorgo mi regalo a lo máximo que me es posible."-

No había la princesa terminado de pronunciar aquellas palabras, cuando Ricardo del Copete apareció ante ella como el más galante y fino príncipe del mundo, el más apuesto y agradable que ella nunca había visto.

Algunos dicen que no eran tanto las virtudes del hada, sino el mismo amor, quien realizó los cambios.

También comentan que la princesa, habiendo hecho reflexión sobre la perseverancia de su pretendiente, su discreción, y todas las buenas cualidades que le rodeaban, y con la sabiduría y buen juicio que ella poseía, nunca más

volvió a verle deformidades en su cuerpo, ni fealdad en su rostro, y que su joroba no era más que una bolsa de aire bajo su camisa, y que todo lo que antes le parecía horrible, ahora era algo que le encantaba enormemente.

Además decían que sus ojos, que eran muy bizcos, le parecían a ella muy chispeantes y brillantes, que toda irregularidad era a su juicio una marca de su afecto, y en resumen, que su gran nariz roja, era en su opinión, de un gran carácter marcial y heroico.

Entonces la princesa de inmediato lo aceptó en matrimonio, con la condición de que su padre el rey, también lo aceptara. El rey, viendo que su hija realmente amaba a Ricardo del Copete, a quien él conocía como un gran sabio y justo príncipe, lo recibió con cariño como su yerno, y a la mañana siguiente se realizó la boda tal como Ricardo del Copete la tenía preparada, dentro del bosque.

Enseñanza:

Con un muy buen juicio, para el verdadero y sincero amor, no existen los defectos.



Comentario:

Siempre debemos reconocer y alentar en quienes conviven con nosotros sus virtudes y acciones positivas. En cuanto a sus defectos, si no hacen daño alguno, debemos pasarlos por alto, y si son dañinos, debemos, serenamente, señalárselos con cariño, explicando en que consiste el daño que están causando a su alrededor, y ofrecerle nuestra ayuda para el cambio positivo, o buscar ayuda profesional si fuera del caso.



08-El Hada

Había una vez una viuda que tenía dos hijas. La mayor era muy parecida a ella, tanto en apariencia como en carácter, de modo que quien conociera a la hija, conocía a la madre. Ambas eran tan desagradables y orgullosas, que nadie podía vivir con ellas. La menor, que era como una copia de su padre en su dulzura de temperamento y virtudes, era además una de las más bellas muchachas jamás conocidas. Y como es natural que la gente ame a quienes se le parecen, esta madre tenía preferencia por la hija mayor, y al mismo tiempo, cierta aversión por la menor. Así que siempre la tenía haciendo los trabajos más duros continuamente.

Entre otras cosas, esta desafortunada joven tenía que ir dos veces al día a traer agua como a dos kilómetros de distancia, y traerla en una vasija grande. Un día, cuando ella estaba en la fuente, se le acercó una pobre mujer, quien le rogó que le diera de beber.

- "Oh, claro, con todo mi corazón, bendita señora."- dijo la joven.

Y sumergiendo la vasija en la fuente, sacó un poco del agua clara y se la dió a la señora, sosteniéndole la vasija todo el tiempo, para que pudiera beber más fácilmente.

Habiendo terminado de beber, la buena señora le dijo:

- "Eres tan linda, tan buena y cortés, que no puedo dejar de ayudarte si no es otorgándote un don muy especial."- pues ésta era un hada, que había tomado la figura de una pobre campesina, para ver cuan civilizada y que buenas maneras poseía esta joven.

- "Yo te daré el don"- continuó el hada, - "para que a cada palabra que pronuncies, saldrá de tu boca ya sea una flor o una joya."-

Cuando esta bella joven regresó a casa, su madre la reprendió por haber tardado tanto en la fuente.

- "Te pido perdón, querida mamá"- dijo la pobre muchacha, - "por no haber sido más rápida."-

Y pronunciando esas palabras, salieron de su boca dos rosas, dos perlas y dos grandes diamantes.

- "¿Qué es lo que estoy viendo?"- dijo la madre toda confundida. - "¡Pareciera que flores, perlas y diamantes salen de la boca de esta muchacha! ¿Cómo ha sucedido eso, mi hijita?"-

Esta era la primera vez que ella la llamaba "mi hijita".

La muchacha le contó francamente todo el suceso, sin que cesaran de salir flores y joyas de su boca.

- "¡Maravilloso!"- gritó la madre, - "debo enviar a mi muy querida hija allá. ¡Fanny, ven a ver lo que sale de la boca de tu hermana cada vez que habla! ¿No te gustaría, querida, recibir el mismo regalo? Sólo tienes que ir a la fuente, sacar agua con el recipiente, y cuando una pobre campesina te pida agua para beber, se la das con toda cordialidad."-

- "Ya quisiera yo verme yendo a la fuente a traer agua."- dijo despectivamente esta malcriada creatura.

- "Insisto en que debes ir"- dijo la madre, - "y ahora mismo."-

Ella fue, pero refunfuñando todo el camino, y llevando con ella el mejor recipiente de plata de la casa.

No más había llegado a la fuente, cuando vio que salía del bosque una dama magníficamente vestida, quien se acercó a ella, y le pidió que le diera de beber. Esta dama era la misma hada que se le presentó a su hermana, pero ahora venía con la apariencia y vestiduras de una princesa, para ver hasta donde llegaba la rudeza de esa muchacha.

- "¿Es que he venido aquí"-dijo la altanera y malcriada joven, - "sólo para darte de beber, eh? ¿Supongo que esta vasija de plata fue traída acá para deleite de su majestad, o no? Sin embargo puedes beber de él, si así lo crees."-

- "No eres nada amable."- contestó el hada, sin enojo. - "Pues bien, ya que eres tan insolente, te doy el don especial de que por cada palabra que pronuncies, saldrá de tu boca, ya sea una culebra o un sapo."-

Tan pronto como la madre la vio regresar, le gritó:

- "¿Y bien, hija?"-

- "¿Bien qué, madre?"- contestó la infeliz muchacha, saliéndole de su boca dos serpientes y un sapo.

- "¡Oh, por piedad!"- gritó la madre, - "¿Qué es lo que veo? Fue tu hermana la causante de todo esto, pero ya la pagará."- e inmediatamente corrió a castigarla. La pobre joven se alejó rápidamente de ella, y se fue a esconder al bosque vecino.

El hijo del rey, que regresaba de una persecución de cacería, la encontró, y viéndola tan hermosa, le preguntó que qué hacía allí y por qué estaba llorando.

- "¡Caray, señor!, mi madre me ha forzado a salir de casa."-

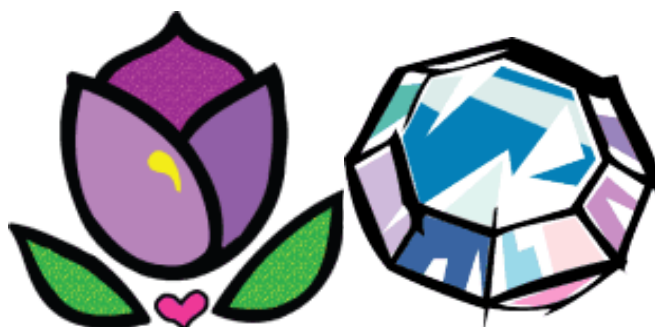
El hijo del rey, cuando vio que cinco o seis perlas, y muchos diamantes salían de su boca, le pidió que le dijera cómo había sucedido eso. Ella le contó toda la historia. El hijo del rey se enamoró de ella, y considerando que tal don era mucho más valioso que lo que cualquier obsequio de bodas pudiera traer, la llevó de inmediato al palacio del rey, su padre, y allí se casaron.

Y en cuanto a la otra hermana, se hizo cada vez más despreciable, tanto que su madre terminó echándola puerta afuera. La miserable muchacha, después de mucho deambular, fue recibida en una casa como criada y bien tratada, pero con la condición de nunca jamás pronunciar una sola palabra.

Enseñanza:

Verdaderamente, las palabras pronunciadas por las personas bondadosas y amables, son siempre lindas flores y preciosas joyas.

Por el contrario, las palabras pronunciadas por personas despreciativas y altaneras, son siempre hirientes, horribles y miserables, pareciendo verdaderos monstruos.



Comentario:

La experiencia enseña que los éxitos en toda actividad de relación humana, van totalmente unidos a una comunicación decente, amable y totalmente respetuosa.